PQ8549
.C2845
E6
1921

El Epistolario
Romántico

Carvallo Arvelo

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00010305804

The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

SALVADOR CARVALLO ARVELO

# El Epistolario Romántico

Imp. Bolívar.-Valencia-Venezuela.

# EL EPISTOLARIO ROMANTICO

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/elepistolariorom00carv

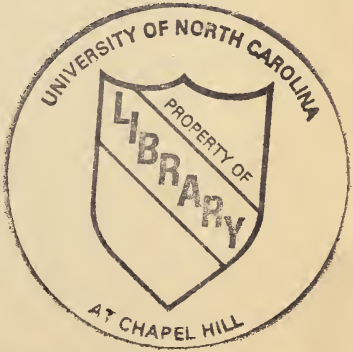
SALVADOR CARVALLO ARVELO

Venez.
II

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

PQ8549
.C2845
E6
1921

# EL EPISTOLARIO ROMANTICO




Imp. Bolívar.-Valencia-Venezuela
1921

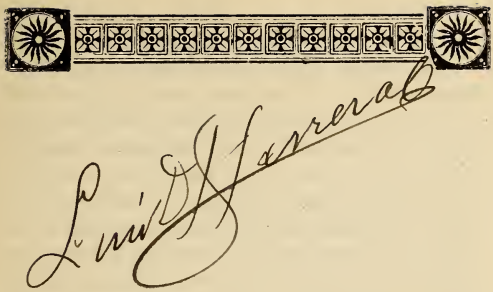
c
cb

*Es propiedad.*

R-W?

# EPISTOLA PRELIMINAR

506717



# EPISTOLA PRELIMINAR

*a Octavio Carvallo Arvelo:*

Por culpa tuya, hermano.—¿debería por ventura decir: gracias a tí?—doy este libro a la publicidad. Y se impone aquí una explicación:

Editadas las primeras ochenta páginas del «Epistolario», que son cabalmente las que contienen las cartas a Liliana, me invadió el descontento que en los espíritus en plena evolución literaria sucede a la labor hecha. Advertí en esas cartas la falta de espontaneidad y soltura que debe informar el estilo epistolar. Hallé en ellas demasiada literatura, malabarismos, preciosismos, rebuscamientos indignos del motivo y casi deformadores de la profunda sinceridad del amor que embargaba mi alma, cuando las escribí para el objeto real de mis ánsias. No me fué dado,—¡que pena!— separar el literato del enamorado, dejar de confundir

la Idolatrada con la Musa. Idolatrada y Musa se confunden en una sola persona: literato y enamorado están unidos, amalgamados en un solo ente y discurren allí como una entidad que tuviera dos almas con un solo pensamiento fundamental, pero con dos aspiraciones diversas: la literatura y el amor. Eso, y el terror de presentarme–soberbio pigmeo literario– ante el estrado de la literatura universal, blandiendo un folleto sentimental y romántico que sería como una arista en la portentosa balumba de libros pesados, voluminosos, sesudos, trascendentales y casi definitivos que llena el mundo, me hizo desistir del propósito. De esta manera fué como durmió el «Epistolario Romántico», durante meses, sobre un estante de mi modesto taller tipográfico. Allí le viste un día apilado en paquetes, pobre cadáver envuelto en mortajas de papel, frío, mudo, símbolo del fracaso de mis sueños que luego habrían de relatarse al Imaginífico en sus páginas finales. Entonces fué cuando tu viniste, hermano, para decirme con esa zorna cordial que heredaste de nuestro antecesor el «viejo Arvelo»:

—¿Y que piensas hacer con ese cartapel?

—Destruirlo....Ese libro no enseña nada, no propone nada, no resuelve nada. Es solo una abstracción de mi espíritu, donde hay un poco de esperanza, un poco de bondad, una pizca de alegría, mu-

cho amor quizá no bien expresado y bastante desconsuelo definitivo. ¿Qué tienen que hacer los demás con esto?

Pero entonces tu, recordando lo que dijo el otro, objetaste:

—¿Y que enseñan, proponen ni resuelven una flor, una acuarela, un canto, un mármol estatuario en el vasto e inquietante concurso de la belleza universal? Y sin embargo, cada uno contribuirá con su parte de fragancia, de color, de armonía o de líneas a exaltar la serenidad celeste en el barro de la vida·

Esas y otras razones me dijiste.

Entonces tomé una flor, una acuarela, un canto, un mármol tumular y los puse al final de la historia.

Gracias a tí, pues,-¿debería quizá decir: por culpa tuya?-lanzo a la calle este libro.

Por eso pongo tu nombre al frente de estas líneas. Por eso; y por la triple fraternidad que me une a tí, puesto que eres hijo de mis padres, Apolo te besó en la frente y Pan te dió a conocer el misterio de la Siringa convertida en flauta.

Así ¿a qué ir a buscar fuera lo que tenía en casa? ¿A quien otro mejor que a tí hubiera yo podido dedicar este libro?

Además, tú has sido el único confidente del amor sin fortuna que vive en estas páginas. Todas las cartas de este «Epistolario» las conociste tú antes que la Amada y solo tú sabes cuanta sinceridad hay en ellas: cuanta sangre de mi espíritu,

rosa de mis jardines y lágrimas de mi corazón, que no de mis ojos, ofrendé yo, en cordial holocausto, ante el altar de la que pudo haber sido diosa perennal de mi culto.

Por otra parte, solo tú, y unicamente tú, sabes quien es la mujer a quien dí el lírico nombre de Liliana y conoces cuan errada se anda la gente al suponerla encarnada en ciertas damas que discurren entre nosotros y sobre quienes injustamente han caido las sospechas de que sean la protagonista del «Epistolario». Liliana no está ya entre nosotros, ha ido a plantar su tienda en una lejana ciudad del Occidente.

También conoces a los otros personajes que se mueven en este libro. Conoces a la Imaginada que burló al Imaginífico y la sabes viviendo vida burguesa y aburrida en el rincón de una de nuestras más sonadas ciudades del Oriente, donde, según noticias que no quiero creer, se ha transformado en verdadero tormento de su marido, de aquel buen mercader de perlas que de tan súbita manera le deparó la suerte.

¿Y el Imaginífico? ¿No le viste embarcar para España con su Elí, aquella preciosa figulina de Tanagra, con la cual comparte amor y serenidad en la Península caballeresca? ¿No estuvo en tu poder su carta para mí? ¿No la leímos juntos tú y yo, aquella hermosa tarde de

abril, en un parque lleno de silencio y de aromas, cuando el crespúsculo pintaba de cinzolín y ónice el lienzo de los cielos?

Tampoco es extraña para tí la bizarra figura del tío Claudio. ¡Cuantas veces hermano, le viste, bajo el sombrero de anchas alas, que ponía sombra oportuna al brillo chispeante de sus ojos, cuando iba, caballero de marcial apostura sobre su mula comida de bríos, a trote largo, hacia las montañas del Sur, donde las posesiones de «El Salto» son como una viva esmeralda prendida en el corazón azul de la sierra! ¿No pasaste unos días en su retiro, oyendo el bramido del toro padre, el canto del «campanero» y la «soisola», la dulce voz del gañán guiando la yunta y el estridor de la caña de azucar entre las mazas devoradoras del trapiche?

Si que les conoces a todos y sabes–solo tú lo sabes–que son personajes reales y existentes los que se mueven en este libro.

Y ya que solo tú estás en el secreto, espero y confío en tu discrección, para que continúen viviendo en la mayor incógnita, ya que de ello depende el que no se dispelleje a este hermano tuyo que a fuer de flaco de espíritu y sin fuerzas para oponerse a tus insinuaciones, se aventura a publicar las páginas que van a leerse, y para las cuales no suplico benevolencia ni reclamo laureles.

*Salvador* ***CARVALLO ARVELO***

Valencia: 17 de noviembre de 1921

# EPISTOLAS SENTIMENTALES

# I

5 *de agosto* – 1919.

No hay pena de amor más angustiosa que la incertidumbre ni dulzura comparable a la de confiarla a la Elegida en el cordial secreto de la epístola. Así, desde que tus ojos dejaron de ser luceros de paz bajo la pulcra turquesa de mis cielos, día y noche tu recuerdo resbala por mi corazón como una lágrima; y la blanca memoria de tu imagen abre en el predio de mis quimeras como una magnolia de alabastro, cuya carne estelar es símbolo de tu alma y diuturno tormento de mis saudades sin premio. Y es para aliviar la aguda punzada deliciosa que vierto las mieles de mi devoción amorosa en el ánfora eterna de esta epístola. No responderás a ella porque tu corazón está todavía cerrado para mí; pero ella te

hará recordar con dulzura al poeta que una tarde, en el templo de nuestro buen Dios, recibió de tus ojos la ideal quemadura sin remedio. Ello será una gloria y un triunfo, pues ¿qué más puede ambicionar el cancionero de cosas imposibles que enternecer con sus músicas el alma de selección de la Bienamada que él mismo colocó, para cantarla y adorarla, en el ápice de la montaña sagrada de sus sueños? No logró más el tembloroso espíritu de Aligiere cuando, para cubrir los hombros de la divina *rosa extremecida*, hizo un manto de estrellas con la armonía de sus cláusulas. ¿Tampoco yo lograré más? . . .

El blanco pájaro de Venus, que un día voló de los jardines del Olimpo y vino a posarse sobre mi corazón, con las alas abiertas, como en la gracia ritual del simulacro católico, ¿no recibirá la caricia de las manos imponderables que pueden darme el premio o el castigo, la copa de mieles o el tremendo brevaje socrático? El destino, mudo ahora, un día dirá la palabra suprema: alguna vez las campanas *de la torre ideal de la leyenda*, como dice el verso simbólico en el poema cordial, darán su voz para cantar la epifanía del amor o llorar la muerte de la quimera, dormida para siempre bajo el plenilunio de enero, cuando el potro de la ambición es todo coraje y

todo rijo, como el alado caballo del mito. En tanto, yo espero y te canto, ya que esperar y cantar fué siempre la misión de los que tenemos la encantadora amargura de ser poetas e ir por la vida con el alma agobiada de ensueños y los ojos iluminados por visiones olímpicas

Yo estaba curado de amores e iba por la vida con gesto soberbio, orgulloso de mi triunfo sobre la ideal flaqueza; mas miré tus ojos y tus ojos mi miraron y, súbitamante, sentí en la esencia del alma el dulce arañazo incurable. Como la simiente largo tiempo sepultada germina al remover la tierra que la contiene, al brusco sacudimiento espiritual el óvulo de la divina substancia germinó y arraigó en las más recónditas fibras de mi corazón. Entonces empezó para mí el martirologio adorable, con sus dudas atormentadoras, alegrías súbitas, desazones inmotivadas, deseos de grandeza, ambiciones locas, mortal pesadumbre, encanto por las flores, melancolía del pasado, angustia del presente, temor del porvenir, atracción de las aguas errantes, vergüenza de los errores, asco del miserable barro nuestro, propósito de perfección espiritual, desprecio de los senderos recorridos, delectación de los crepúsculos, predilección por los parajes solitarios, afición por el silencio, rubor de la pobreza, rencor por la fortuna, se-

renidad, exaltación, inquietud, éxtasis, vértigo, desfallecimiento, vorágine: todo, en fin, lo que es el amor: no el primer amor, sino el verdadero, el fuerte, el íntegro, el último amor, que empieza en el limbo de los errores y acaba en Dios.

Así es el amor que te ofrezco, Liliana, pues así es el amor que tú mereces: porque eres buena, porque eres virgen, porque amas el verso, porque amas la música, porque amas los niños, porque amas las flores, porque tienes el cuerpo de diosa, las manos de marquesa, los cabellos de bronce, los ojos de ámbar y el alma de estrella.

No se habrá marchitado del todo el gajo de rosas que la Primavera colocó esta mañana en mis jarrones votivos antes que vuelva a escribirte ¡oh, bienaventurada hija del cisne legendario, en cuyas pupilas puso el Creador más mieles que jazmines hay en los cielos por las noches de estío! . . .

---

## II

23 *de agosto* – 1919.

En el retiro en que vivo, entre árboles y cerca del río, que pasa como una lágrima larga bajo la encrespada melena de las frondas, mi pensamiento para tí, Liliana, es transparente y luminoso como el cristal de estos cielos. ¡Qué portento de atmósfera en estas compasivas treguas del invierno! ¡Cuánta dulzura desciende sobre el pródigo seno de la tierra, que parece esponjarse de gozo bajo la azul transparencia! ¡Así se derrocha la luz, Liliana, y se tira la alegría sobre el amor de la tierra! ¡Así se es generoso, como este buen sol nuestro que todo lo da y nada pide! . . . ¡Qué gran poeta es el sol!

Por la reja que da al parque miro los soberbios «marías» de troncos plomizos,

taraceados de manchas blancas, balancear sus copas al viento que canta entre sus ramas y alborota sus frescas cimeras de ágata. Divina música ésta que sabe oír mi alma en la placidez eglógica, que me conmueve como una caricia y me transporta como un suspiro . . . Para los corazones que aprendieron a escuchar el sedante silencio de las selvas y sorber el vino de la paz en el corazón de las montañas, pocas músicas como éstas que dan las frondas al batir sus melenas contra el cristal ondulante del viento. ¡Bendito paraje para la meditación! . . . ¡Qué bien se sueña aquí, lejos del tráfago que amengua el amor y pone en las almas la máscara del brutal utilitarismo! Aquí estoy contigo porque estoy junto a las rosas tan castas; cerca de las aguas tan generosas; bajo los árboles tan humildes; en compañía de los pájaros tan sabios, que nacen para el amor, crecen para el amor, viven para el amor, cantan para el amor, trabajan para el amor y se matan por el amor. Hermoso ejemplo para el hombre, tan interesado, tan mezquino, tan débil, tan prosaico, tan áspero, tan absurdo, tan insensato, tan frío, tan torpe, tan llorón . . .

En este retiro de dulzura y silencio mi esperanza en tu amor ha crecido y me eleva como una bendición. Por eso

me siento fuerte y casi dichoso, pues la esperanza en el logro del bien anhelado es la más generosa dádiva del cielo para los corazones que sufren Escucha: cierta vez, al salir yo de una rica vivienda, una anciana me extendió su flaca mano de cera y me pidió una limosna que no pude darle . . . (¡Qué amarga es la pobreza, Liliana, para los corazones generosos!) Entonces, y para ahogar el rubor de mi pobreza, de que seguramente ella dudaba, dejé caer en aquella trémula alma azotada la miel de las más consoladoras palabras de esperanza: ¿No podía ella mañana, acaso, cambiar los pingajos que mal cubrían sus carnes por un cálido manto fastuoso? . . . Y así fué como ví que de los turbios ojos implorantes, que bien pronto serían pasto de los gusanos funéreos, resbalaban lágrimas de agradecimiento Mi limosna había sido la mejor, pues había hecho surgir del propio seno de aquella fría ceniza la llama de oro de la ilusión.

Así hoy mi corazón, trémulo pordiosero de tu cariño, fortalecido por la esperanza, ha hecho brotar la divina llama en el hielo de su propia ceniza.

Qué dicha, idolatrada Liliana, si un día tus labios soplaran para avivar, y no para extinguir, ese piadoso fuego que me sustenta! Mas si así no ha de ser, déjame acariciar la ilusión de soñarlo.

Déjame creer que la vida es hermosa y es buena; que el amor es la más honda verdad del mundo; que Arimanes es un impostor y Ormuz el legítimo y seguro rey de la vida; que la gloria no es humo sino substancia; que el ensueño no es débil aliento sino impulso que salva; que el dolor es sólo un accidente de la vida y no ley ancestral y eterna que pesa sobre la humanidad, como quiere el frío Shopenhauer, ese perverso desguazador de almas y de los saludables principios de la alegría. ¡Cuánto le detesto! . . .

Adiós, hermosa mía, amada mía, hermana mía, esposa mía . . . Que los hados te sean propicios y llenen de luz tu casa, de mieles la copa donde bebes y de flores la estancia donde sueñas. Yo me voy a los jardines en compañía del hada madrina, quien me ha ofrecido cortar para tí un hermoso gajo de rosas que ella argentará con los aljófares de su alma.

Neptuno ha echado a volar por los aires un claro polvillo de hielo. Los árboles están relucientes y trémulos de gozo. El sol se ha arrebujado en la dulzura de blancas hopalandas. Cuando el buen rey se digne sonreír al mundo, yo te enviaré mis rosas y te saludaré en mi corazón con la suave armonía de mis cláusulas.

## III

1º *de setiembre* – 1919.

Sabes, Liliana, personas indiscretas, hurgadoras de correspondencia, han penetrado en nuestro secreto y hacen comentarios acerca de la identidad de tu persona. Hay quienes afirmen que yo, para guardar la incógnita, he dado claros ojos de ámbar a quien los tiene muy negros y radiosos. Otras, menos cándidas, pero no menos erradas, vieron tus ojos de un azul de laguna bajo trémula irradiación lunar. No falta quien diga que los tienes acerados, como las aguas de las cisternas bajo la lágrima del véspero. A la verdad que ni yo mismo sé de qué color los tienes. ¿Lo sabes tú, acaso? ¿Por ventura supo nunca el excéntrico señor de Phocas, que sufría la enfermedad del verde radioso, cuál era el verdadero

matiz de las pupilas que él vió fulgurar en los enigmáticos ojos de Antinoo? Lo que le sucedía al señor de Phocas con la esmeralda líquida me sucede a mí con el matiz de oro, ámbar, miel, vino, sol claro sobre agua dulce y agua dulce sobre lecho de arenas de los divinos topacios imposibles de tus ojos, si es que en verdad tienes los ojos de topacio, adorable Liliana.

Asimismo, dicen que tus cabellos no son blondos, como yo he creído, ni endrinos, como creen otros, sino de un castaño húmedo y reluciente, como la cálida color de las pasas malagueñas. ¡Pobres almas extraviadas en el florido laberinto de mis epístolas! ¿Quién será la Ariadna de tales Teseos? El ovillo conductor se ha perdido y seguramente tendrán que conformarse con morir de curiosidad e impaciencia.

A veces, los comentadores que andan en tu busca, como sabuesos tras la presa, pasan cerca de tí y te rozan. Entonces tiemblo de emoción; pero me sereno al verlos perder la huella y despistarse. Tienen un olfato de cachicamo estos pobres lebreles. A no cambiar de narices juzgo que no darán contigo en todo un milenio. ¿Y quién te encontrará, ¡oh soñada Elegida! si a veces yo mismo camino en la sombra en pos de tu silueta adorada, como un ciego creyente en un

vasto templo lleno de imágenes? ¿Se ofrecerá a mis labios túmidos el divino pié donde he de vaciar el alma en un beso? ¿Se tenderán hacia mí las manos de imponderable hermosura para alzarme y bendecirme? ¿Abrirá la sonrisa en los labios de la Idolatrada para devolver con su esplendor la ankelada luz desaparecida de mis ojos, muertos por el dulce pinchazo del amor? El destino no habla. De la boca de esa esfinge no saldrá todavía la palabra que ha de descorrer el velo del futuro y quitar de mi alma la incertidumbre que me angustia como un veneno, en cuya ingestión tengo un doloroso placer de ideal mazoquista.

La incertidumbre ! . . . A veces, cuando pienso en que tú me amarás, recito, ebrio de gozo, los acariciadores versos del infortunado Nervo :

"El día que me quieras
tendrá más luz que junio,
la noche que me quieras
será de plenilunio...."

Mas esta alegría se desvanece y torna en pesadumbre cuando temo que el destino me reserva en tí el castigo de un crimen de mi infancia, que no he expiado aún. Fué este crimen el placer que me producía el arrancar las alas a las mariposas para ver retorcerse de dolor e impotencia sus débiles gusanillos, y mo-

rir de angustia y nostalgia por la perdida gloria del vuelo. ¡Cuánta perversidad había entonces en mi corazón! ¿Y quién me dice que tú, aplicando en mí la tremenda ley del Talión, no harás lo mismo con mis ilusiones, mariposas caídas en la pérfida malla del amor? . . .

Pero tú no harás eso, Liliana. Dime que tú no lo harás, asegúrame que no lo harás; júrame que tu bella alma de selección no es el instrumento escogido por la justicia divina para castigar aquel crimen de mi niñez, cuyo recuerdo hace sangrar mi corazón bajo la garra del remordimiento

Tengo miedo del porvenir. ¿Qué me reservarán los hados en el mañana oscuro y distante? ¿Se quedará mi alma suspensa en la ilusión o caerá de una vez para siempre en el abismo del desencanto? Esta ternura, este afán, este impulso hacia el ápice del amor, donde tu alma fulgura como una gema enigmática, ¿se quedarán sin premio?...

¡Pobre alma enamorada!

## IV

*7 de setiembre* – 1919.

¡Salud a la divina Calina!... Así la salutación de Vinicio a la hermosa Ligia, quien condujo al joven romano por el milagroso sendero del cristianismo. ¡Salud a la soberana Liliana!... es la salutación mía a la radiosa Elegida, quien conduce al poeta por el fragante camino del amor.

Para tí es la gloria que exalta mi corazón en esta mañana de sol claro, aire puro y tierra embalsamada por el aroma de las flores. Después de la lluvia el sol luce como una lámpara maravillosa prendida en el baldaquín azul de los cielos. Se oye el jadeo del río que pasa bajo las ramas negras. Se oye el canto de los pájaros en el parque, entre el verde oleoso de los "mijaos", el ágata violento de los

"marías", el verde plomizo de las palmas y el profundo verdegay de los bambúes, bajo cuya melena de monstruos cantan las largas y satinadas flautas pánidas al soplo salvaje de Eolo, ese misterioso músico del mundo que tiene su cueva en la garganta de las montañas y su cátedra lírica en el corazón de los bosques. Es el amor, Liliana, que canta en los cielos, en la tierra, en las plantas, en las aguas y en mi corazón, milagrosa arpa que da el secreto de sus músicas para llenar el ánfora de esta epístola, que yo envío como la mejor ofrenda de mi espíritu a la que supo sembrar de jazmines rutilantes la desolación de mis noches.

Noches desoladas eran las de mi alma antes de que pusieras en ellas la luz de tus ojos. ¡Qué hermosas estrellas para alumbrar el camino de mi vida, enamorada peregrina en viaje hacia la tierra prometida y nunca alcanzada! ¿Quién la alcanzó jamás, si ella, como los fuegos fátuos, se aleja cuando se la persigue, se acerca cuando se la huye? ¡Cuántos cadáveres de idóneos luchadores hay tendidos en el camino sin retorno! ¡Cuántas cruces humildes marcan el sitio donde duermen para siempre tantos y tantos soñadores que, con la escarcela bien provista de nobles ansias, salieron llenos de júbilo hacia la imposible Meca!

Mira los sitios, Liliana: allí cayó el Galileo, más allá Dante y el viejo Homero, que todavía lloramos. Esas tres cruces juntas que argenta un rayo de luna son las de Petrarca, Tasso y Virgilio, el de la guzla de palisandro festonada de flores silvestres. ¡ Qué hecatombe ! ¡Qué universo de estrellas apagadas bajo la tierra adefágica de carne de ideal! Mira: estas tres colinas diminutas, todavía húmedas, abrigan los restos de Darío, Rodó y Nervo, los últimos cruzados, los últimos tres grandes cruzados de nuestra raza, caídos con la bandera del ensueño entre las manos, retorcidas por la angustia. Antes había caído el más grande, el más fiero, el más audaz, el más heróico de los nuestros: Bolívar, el padre, cuyos ensueños padecieron el lento desangre en la desolada quinta samaria. Allí está su cruz, bajo el rayo de Marte. Mira el halo que la circunda. Es la luz de Zeus, verdosa, como la flama de los ojos de Minerva, acaso su más fiel madrina. "Albo lapide notare" . . .

Mas yo tengo la esperanza de que tus ojos no me dejarán caer vencido sobre el haz de este sendero tan duro y tan frío. Confío en que ellos, como la estrella a los reyes de Oriente, me servirán de guía para alcanzar la dorada tierra de promisión. Tú serás el ideal lazarillo de este ciego; yo seré el mantenedor de tus sue-

ños, el esclavo y señor de tu palacio encantado. Todo podrá faltar en nuestra casa, menos el amor; todo podrá enfermar en nuestra vida, menos el amor; todo podrá morir en torno nuestro, menos el amor. Amor por el amor; y para el amor, amor y más amor. ¡El infinito amor, Liliana, que allana todos los caminos y escala todas las cumbres!

He bajado alguna vez al fondo de los abismos donde no llega la luz, ni fecunda el agua, ni cantan los pájaros, ni pasa el viento. Y allí, entre el antro todo frialdad y todo silencio y todo sombra, he visto, en humildes reptiles y miserables larvas, el amor que crea, vive y canta la gloria de su propia evolución. Nada se sustrae a esta ley maravillosa y eterna: nada huye del amor.

Y tú, alma muda para mí, ¿serás una estatua en la universal armonía?

## V

23 *de octubre* – 1919.

Si el amor no tuviera la porción inseparable de pena que es en él, como en las figuras sagradas la aureola del martirio que las idealiza, su mejor diadema a la vez que su más íntimo atributo, por donde algunos materialistas le han dado carácter de morbo espiritual, viniendo a ser de consiguiente el enamorado un ente enfermo, el amor, romántica Liliana, sería tan simple y monótono que no valdría la inquietante dulzura de sufrirlo.

Así, el amor que no sangra no es amor verdadero. Es por el dolor que él se hace grande y son las lágrimas su bautismo ideal. Abelardo y Eloisa, Romeo y Julieta, Efraín y María, Lean-

dro y Hero, Pablo y Virginia, Hamlet y Ofelia, Otelo y Desdémona, Wherter y Carlota, Tristán e Isolda, los más hondos poemas de amor, donde la humanidad ha bebido, como en filtro milagroso, poesía, ternura, delicadeza, pasión violenta y sincera, cólera cordial, elevación, generosa y eterna savia de idealismo ¿qué habrían sido sin el dolor, sin el halo del martirio que los circunda, sin la honda, desgarradora amargura que es en ellos sustancia íntima a la vez que corola magnífica de inmortalidad? Comedias, Liliana, frágiles y frías comedias de amor.

Asimismo, ¿de qué valdría este amor mío sin esta incertidumbre, esta angustia y esta desazón que aprietan y sacuden mi corazón que sangra, entraña viva entre violenta garra?

En el dolor de estas dudas que extremecen mi alma, mis pensamientos me duelen como vísceras martirizadas. Sueños torvos agitan mi espíritu en las largas, lúgubres y lóbregas noches de insomnio. A veces, mientras duermo, sombras de tragedia azotan mi alma. Escucha:

Me había dormido con tu recuerdo en el corazón: me había dormido en estado de gracia del amor, con tu nombre entre los labios . . . Un grito breve, ágil, agudo, como salido de una garganta sú-

bitamente cortada, me despertó. Reconocí el metal de tu voz. Corrí. Atravesé un corredor lunado. Ví la faz de la luna que me hacía una mueca de burla, de dolor, de rencor, de infamia. (Yo había visto, mucho tiempo atrás, bajo no quiero recordar qué vil estado morboso, producido por ingestión venosa y degradante, una horrible cara que tenía la misma repugnante mueca y la misma mortal palidez de la luna, de aquella luna de pesadilla. ¡Dios mío!) Entré en tu alcoba, que estaba iluminada por una luz turbia, no emanada de lámpara alguna. (¿Emanaría de tu alma aquella fría luz, Liliana?) Estabas tendida sobre el lecho. Dormías. Te pregunté: ¿fuiste tú quien gritó, Liliana? No respondiste. ¿Duermes? Duermes? . . . te grité con toda la energía de mi voz. Nada: sólo el rumor del viento entre las ramas espesas . . . Me acerqué a tí y pasé mi mano por tu frente. Lo que sucedió entonces fué muy triste: la piel de tu frente se desprendió y quedó adherida a mi mano. Ví el color lívido de la carne de tu frente despellejada. . . . . .

Sentí el pingajo de piel moverse entre mis dedos. Lo sacudí, y, al caer, se transformó en un sapo blancuzco que subió por la pared como una araña y se acurrucó en un rincón del techo de la estancia, desde donde me miraba

con su solo ojo desorbitado y acuoso. (Cómo era posible, Liliana, que de la de'icada envoltura de una cosa tan noble y elevada como lo es la frente, albergue de la luz que rige el mundo, brotara un animal tan asqueroso como lo es ese torpe habitador de los pantanos y las cloacas?) Hice un esfuerzo supremo para evadir la mirada del sapo y ver tu cuerpo. ¡Qué horrible devastación! Se había diluido, como el cadáver de Valdemar en el siniestro cuento de Pöe. Era una linfa amarillenta y viscosa, que se extremeció como la carne vacuna recien muerta y se metamorfoseó en una serpiente verdosa, con ojos de antílope. La serpiente se debatió sobre el lecho, y, erguida sobre la cola, donde había una nacarada uña de mujer, cantó como gallo, y, hecha llama azulosa, ascendió, giró por la estancia y fué a perderse en el agujero de la claraboya. Yo seguí, aterrado, el giro de aquella extraña llama, acaso tu alma, y la ví desaparecer . . . Volví entonces los ojos al lecho y te hallé sonreída, hermosa como nunca, con las pupilas colmadas de inefable ternura. Me acerqué para besarte. Tomé entre mis manos las tuyas, y, ebrio de dicha, me incliné sobre tu frente, ya reconstruida; pero ¡oh, desilusión! . . .

quien estaba en el lecho era Cyrano de Bergerac . . .

¡Qué disparate, Liliana!

*

Al volver de esa noche de pesadilla, mi corazón fué invadido por un sentimiento nuevo para mí. Entre la pena de soñarte muerta y la alegría de saberte viva, mi alma entró en un estado de subconciencia, semejante al que deben experimentar los condenados a muerte cuya pena les es inesperadamente conmutada. Era el sentimiento de placidez algo triste, mezcla de decrepitud e infancia que acaricia algunas veces el espíritu de los abuelos generosos; carácter de candidez regresiva que mueve a los convalecientes de males agudos a ver nuevas las viejas cosas familiares, y a sentir amor inusitado por los jardines, las fuentes, los pájaros, la sonrisa de los niños, los renuevos de las plantas, el oro del sol. En tal estado de gracia simple y de sensibilidad casi mística, especie de superhiperestesia espiritual, la naturaleza

es un vino que sorbemos en la propia mano del Creador ¡Qué delicia, Liliana mía! Ahora comprendo que no hay, para los que se aman absolutamente, suavidad comparable a la ternura del dolor que pasa; ahora, midiendo la intensidad del goce que me da el conocimiento de no haberte perdido, es cuando puedo suponer la densidad del dolor que me causaría el perderte; ahora, y solo ahora, es cuando he podido comprender lo mucho que te quiero. Mientras te escribo, la ilusión de suponerte mía, sólo mía, no más que mía y no y nunca de otro, me hace temblar de inenarrable delicia. Ah! si estuvieras a mi lado y yo pudiera decirte, con el alma en los labios, trémulos por la emoción amorosa, así: cada crepúsculo que llega te pienso más mía; cada noche que pasa te sueño más mía; cada aurora que abre te siento más mía . . . Bésame, Liliana! . . . sángrame, Liliana! . . . mátame, Liliana! . . . Muramos de esta fiebre de amor: quememos nuestra carne, nuestros huesos y nuestras almas en esta llama de infinito, y, hechos cenizas nuestros corazones, vuelen confundidos bajo los cielos, sobre los mares, entre el hueco de los abismos, hasta perderse en el azul inalcanzable y reencenderse en una estrella, para alumbrar en la inmensidad de las noches eternas . . Pero tú no

estás a mi lado. Has huido de mí porque no has querido saber, o no has podido saber, o no has sabido saber lo que vale este amor, que al cabo, quizá, se matará así mismo, como el escorpión en el círculo de fuego.

La vida, Liliana mía, como un río sin vallas, corre sin descanso y nunca sus aguas copian el mismo paisaje. Las hojas que desprende el viento sobre las linfas en viaje, como nuestros sueños, como nuestras ansias, como nuestros suspiros, caen y pasan para no volver jamás; y el pájaro que, con una gracia de bautismo, asperjó sus alas en las aguas errantes, no volverá otra vez a hendir el cristal de la misma linfa. Pobres de los que estamos a la margen del gran río y no sabemos apresar y guardar para sí el paisaje que pasa: no podremos nunca reconstruir nuestros ideales, no podremos jamás deshacer el camino hecho. ¡Cuántas veces la dicha pasó ante nosotros y no quisimos verla; y más tarde, cuando los ojos del espíritu se hicieron más claros en la visión del pasado irrevocable, pudimos contemplar, ¡cuán irremediablemente lejana! la imagen de una ventura real que anduvo en torno de nuestro desdén, implorando nuestra caricia, y ahora inmutable y sorda al grito de nuestros anhelos imposibles!

Así, mañana, cuando mis cabellos sean

blancos, y mis ojos sean turbios, y mis piernas sean torpes, y sea trémula mi voz, tú tal vez me verás, y, pensarás: ese que allí pasa, vaso sin vino, fanal sin lumbre, arbol sin hojas, hueso sin médula, carne sin nervio, cuerpo sin alma, fué mosto donde yo no quise embriagarme; llama donde no quise calentarme; follaje donde no quise reposar; brazo donde no quise apoyarme; vigor donde no quise fortalecerme; poesía donde no quise elevarme; vida donde no quise ¡Dios mío! y pude, salvarme.. .

Y, ¿entonces, Liliana? . . .

Ay! también tú, Liliana, tendrás los cabellos blancos!

## VI

30 *de octubre* – 1919.

¿Conoces, Liliana, las cartas del Imaginífico? En 1918, y bajo el título de "El Epistolario del amor y la desesperanza", las publicó «El Nuevo Diario» de Caracas. En torno de ellas revoló el comentario como un avispero. Las conjeturas llovieron a más y mejor. Las gentes, que todo lo acomodan a su gusto, dieron a esas cartas el carácter de represalia amorosa en donde yo, que de hecho era el Imaginífico, tomaba venganza de los desdenes innobles de cierta dama a quien, para despistar la humana malicia y conservar la incógnita, daba el título de Imaginada; lo cual resultaba inútil, pues las gentes se plantaron en sus quince e hicieron pasto de la dama esa, que a la verdad era tan inocente como yo.

Pues bien, Liliana mía, por fin he sabido la verdad. Es una historia de amor que voy a contarte en esta carta, ya que ella pone de manifiesto una grande alma de selección y comprueba lo que puede la entereza de ánimo en estas cosas del amor sin fortuna:

Fué una tarde de este mes tan lleno de remembranzas de la primera edad de mi cariño para tí. Las campanicas de San Francisco estaban locas de contento en su torre nueva ¡Con cuánta alegría celebraban las locuelas el bautismo de su nueva casa! El Imaginífico llegó al jardín, aquel jardinillo donde una mañana ví colmarse de lágrimas tus ojos, al toque de una sola palabra mía, apasionada y aguda como un puñal de la edad media. El Imaginífico llegó y me saludó como el romano; extendió la una mano hacia mí y me dijo :

—¡Salud al hijo de Apolo y de la Musa Magnífica!

—¡Salud al Imaginífico!, le respondí.

—Estás, agregó, junto a esta fuente y entre estas rosas, como la imagen del pensamiento profundo en las cosas alígeras y frágiles.

—Estoy reconstruyendo el ambiente de la mujer amada.

—Ten cuidado con el amor, poeta.

—Por qué?

— Es peligroso eso para nosotros. Ellas

más nos quieren de lejos que no de cerca.

—Entonces, ¿es verdad lo del Epistolario?

—¡Y tan verdad! . . .

—Cuéntamelo, Imaginífico.

Y fué de esta manera que él habló:

—La encontré como la buscaba; es decir, como la buscaba la creí encontrar. Mi alma estaba atormentada de impuras pasiones: tumultuosa y torrencial, como río sin freno, necesitaba y solicitaba una orla de álamos para formar remanso. En mi afán de sosiego caminé, inútilmente, por innúmeras veredas. Cierta vez, en un recodo de mi vida, se me apareció como la había soñado: hermosa y gentilísima, con los claros ojos abiertos como cisternas, en una generosa promesa de alivio. Fué en mi alma su presencia, como gajo de rosas en alcoba desolada. No obstante, no salió de mis labios la palabra simbólica: no pronuncié el jubiloso grito de ¡Eureka!, porque advertí en ella cierto mohín sospechoso, cierto gesto de falsedad que, más tarde, me sirvió para detenerme, gallardamente, al borde de aquel abismo . . .

El Imaginífico suspiró, y, con voz velada, continuó el relato:

—A principio todo parecía ir bien, todo parecía contribuir a acercarnos. Dulzura de las palabras, ternura de los ojos, sua-

vidad del ambiente decían el amor. Ya estaba embrujado casi, cuando una noche, súbitamente, como relámpago en oscuridad profunda, volví a advertir en ella aquel gesto de perfidia, antes dudoso, ahora inequívocamente. Fué una revelación que me colocó a distancia de la ruina total. Entonces ella, comprendiéndose descubierta, se alejó también de mí. Mas ya el daño estaba hecho : ya en mi corazón había entrado, sutil y penetrante, el estilete de la pasión. Estaba preso en la malla del amor, y, como insecto en tela de araña, me debatía en balde. Mi alma había servido de carnada a otra pasión que, aguijoneada por los celos, mordió ávidamente el anzuelo. Fué un delito premeditado y combinado con fría y utilitaria perfidia. Y, desconsolado iba yo por los caminos del mundo, desaparecida la paz y muertos los ímpetus. Entonces, urgido por la necesidad de echar de mi ánima aquella pena, que me la apretaba como un dogal, le escribí así :

*"El Imaginífico a la Imaginada:*

Ahora, cuando tu corazón parece estar más distante del mío, y urgido por la necesidad abortiva del dolor que embaraza mi ánima, te escribo para consolarme. Una vez expresada la pena, el espí-

ritu se sentirá como odre recien vertido; porque jan ás hubo para las heridas morales mejor bálsamo que el llanto, ni sedante más dulce que el suspiro, ni se logró nunca entereza más firme en la desgracia que la que se obtiene por medio del análisis de la propia desventura; pues así como la uva, triturándola, da el vino, así el corazón, torturándolo, da la energía. Esta filosofía no me la enseñó Nietzche, ni Kant ni Shopenhauer. Ninguno de esos tres devoradores de almas me la enseñó. Mi filosofía la aprendí de mi madre una vez en que me oyó, iracundo, renegar de mi propio destino: Cuando tengas una pena, hijo mío, me dijo con aquel su acento de acariciadora ternura, mira si es ruín o noble; si ruín, mátala riéndote de tu propia miseria; si noble, súfrela con serenidad y alégrate de sufrirla; y aprenderás en este rasgo de elevación individual, que no hay impulso de energía más alto que aquel que emana del dolor soportado con dignidad . . .

De ahí que te escriba, no para quejarme de mi pena, sino para gozar el encanto melancólico de confiarla al alma de selección que tuvo en sus manos, sólo un momento ¡ah, sí, solo un bello momento! la clave de mi destino.

Bien sé que mis palabras resonarán en tí como un eco lejano; pero resonarán

por siempre No podrás sustraerte al encanto triste de mis músicas: a toda hora, por todo sendero y mientras vivas, te cercará el ritmo elegíaco de mis cláusulas. Seres hechos para el recuerdo, viviremos para eso: para no olvidar nunca, Mañana, cuando tu alma sea como una pradera abierta al alba, en una fecunda promesa de aromas, yo iré con paso de meditación, lento e inseguro, como la incertidumbre, por los descendentes senderos donde el recuerdo resbala como un llanto. Sólo el recuerdo, con su resbalar de lágrimas, vivirá en mí cuando tu alma sea como una clara fuente colmada. La nostalgia será en mí el único atributo real y palpitante, pues yo habré acopiado para entonces toda la vasta ciencia del dolor. Día tras día, como las gotas de un filtro, en el ánfora de mi corazón habrá destilado la vida toda su fiel amargura. Y en mi camino sin regreso se alzará, para hacer más compacta la sombra que me rodea, tu imagen distante ; porque aun cuando tu destino y el mío, como líneas divergentes, irán, el uno a la luz, el otro a la noche, entre el uno y el otro, como un arco entre dos márgenes, el recuerdo extenderá por siempre su iris lamentable. Y más tarde, cuando el hielo final penetre en mí y ocupe por siempre la celda de mi corazón, mis pensamientos, mis glorias

y mi cariño, hechos cenizas, volarán hacia tí como una polvareda coruscante. Tú llorarás entonces por lo que supiste de mí y, más aún, por lo que de mí no pudiste saber nunca: la parte de enigma que todos llevamos en sí, y que en mí te parecerá copiosa, te hará lamentar sin descanso el no haber querido apresar la más preciosa perla que había en el cofre de mi vida, ni soñar el más alto sueño que pudo ser diadema de mirtos en el cándido fuego de tus sienes, y que sólo fué corona de espinas en el trágico hielo de las mías.

¡Ah, la eterna y dolorosa paradoja de la vida! . . . El destino mío es, por lo que tiene de generoso, el mismo que hace brotar la flor de púrpura en el cardón tan agresivo, la gloria del ala en el gusano tan vil, y el trino de oro de la garganta del ruiseñor tan desgarbado. Pero es también, por lo que tiene de mezquino, el mismo que permite deshojarse las flores cuando la aurora, incubarse el gusano en la fruta y salir el grito estridente de la maravillosa elegancia de los pavos reales.

Cierto día, transido por el cansancio y abrasado por la sed, dieron mis ojos, en mitad del paraje desolado, con un claro hilo de agua que resbalaba, humilde, por entre yerbas tristes, bajo las ramas desnudas. Daba gozo el ver cómo brillaba

el agua bajo la luz de los cielos Presaboré su frescura y, por un sentimiento regresivo, producido sin duda por la visión del paisaje campestre, quise beber como bestia. Y así fué como me incliné, ávido, sobre el cristal tremante. Hundí los labios túmidos en el líquido y, ¡qué tremenda ironía!, el líquido era salobre . . .

Más tarde te encontré a tí, tan hermosa, tan dueña del frescor primaveral, tan niña y gentilísima, con los claros ojos amables abiertos como cisternas, en una generosa promesa de alivio. Acerqué mi corazón a la límpida linfa de amor, y, ¡ya lo ves! . . . se repitió la parábola del agua pérfida bajo las ramas desnudas, en el bravío paraje desolado. Era el símbolo de mi vida ¡oh, hermosa Imaginada! Un símbolo como tú, como la flor deshojada cuando la aurora, como el gusano incubado en la fruta, como el grito estridente en la maravillosa elegancia de los pavos reales.

Y yo acepto el símbolo sin protestar, porque mi alma, nacida para el dolor, ha sabido extraer del dolor mismo, para gozarla en toda su plenitud, la voluptuosidad grave de un elevado concepto individual, que es como una aureola en la sombría vergüenza de ser hombre.....»

Entonces ella, Imaginífico . . .

—Ella entonces, y al contrario de lo que pensé, pues en mi corazón abrigaba la esperanza de que al menos se mostrara digna del concepto con que la había elevado mi ensueño, y no tan lamentablemente materialista, a miles de leguas de como la había supuesto yo y pérfidamente mostrádoseme ella, tuvo la desfachatez de escribirme esta carta:

*"La Imaginada al Imaginífico:*

He leído tu carta y la he encontrado muy hermosa, muy sentimental muy delicada, muy honda; pero, con franqueza, demasiado literaria. Ustedes los poetas son unos maravillosos conversadores . . . Las cosas, dichas por ustedes, son deliciosas; pero las cosas que ustedes dicen no son como las cosas que ustedes hacen. Los poetas tienen el dón de impresionar admirablemente con la palabra; pero carecen del esencial de cumplir lo que prometen. Poseen castillos ebúrneos, praderas fabulosas, bosques seculares, lagos de maravillosa belleza y fuentes que dan la vida. Todo eso tienen los poetas en la mente; pero en las arcas . . . ¡casi siempre nada! Y la vida matrimonial no es cosa de imaginación. Cuán lejos, ¡oh, noble Imaginífico! está la vida conyugal de los en-

sueños, lirismos, sentimentalismos y demás cosas bellas de los poetas! El libro del matrimonio es un libro de entrada y salida, *debe* y *haber*. Esas cuentas deben llevarse muy claras y precisas, y ustedes los poetas no saben de números Ustedes son para leídos, no para vividos. Los versos son golosina y, como tal, hay que gustarlos a ratos; de lo contrario se corre el riesgo de atiborrarse . . . Las mujeres nos desvivimos por los libros; pero no por los autores de los libros, porque nuestras necesidades fisiológicas están en sentido inverso de nuestros caprichos idiosincrásicos

Por otra parte, entre ustedes y nosotras hay una diferencia capital: los poetas casi nunca sienten lo que dicen, las mujeres casi nunca dicen lo que sienten. Ambos somos seres de engaño; pero ustedes lo son por lo que manifiestan y nosotras por lo que dejamos de manifestar. Las mujeres, débiles por condición, necesitan amparar su debilidad en una fuerza viril efectiva. De ahí que busquemos apoyo en quienes son precisamente opuestos a nuestro modo de ser. Y tú eres demasiado poeta para mí que soy demasiado mujer, demasiado femenina . . . Yo te habría querido siendo menos simbolista, menos idealista, menos ilusionista, es decir, más humano,

más práctico, más real; en una palabra, más hombre.

Perdona, ¡oh, noble Imaginífico! la áspera franqueza con que te he hablado; pero yo no hablo por mí sola, yo hablo por todas las mujeres . . . »

—Tremenda declaración, en verdad ...

—Sí, pero no bastó para desencantarme. Era aquel un amor agarrado furiosamente al corazón. El desconcierto se apoderó de mí. Hallé mala la vida e inútiles las cosas todas que me rodeaban. En mi dolor, el sabio consejo de mi madre resultaba vacío. Busqué consuelo en las bajas pasiones. Probé a quemar mi pena en la llama de engaño que arde en el jugo de la uva, pero el demonio que azotó a Baudelaire, envenenó a Verlaine y aniquiló a Pöe, acrecentó mi amargura, porque entonces se unió al pesar que me venía de ella, la verguenza que me venía de mí mismo, de la cobarde y criminal desintegración que cometía en mi propia dignidad. En tal angustia, resolví solicitar el consejo del único ser que podía dármelo: del tío Claudio, hombre austero, varón cortado por el molde antiguo, que había ido a esconder su vida en el corazón de la montaña, serena como su alma y, como su alma, elevada bajo el portento de los cielos. Y el hombre de la montaña me respondió así:

*"El tío Claudio al Imaginífico:*

Recibida y en cuenta. Tu carta a la mujer no sirve para nada. La de ella a tí es deliciosa. Así se le da palo y pedrada a quien los ha menester, pues barrunto que todo se debe a que te has conducido como quien eres: pobre poeta sin médula ni cosa que se lo parezca. Con humo no se asan jojotos, querido sobrino. A buen seguro que si le hubieras dado un beso en los labios y un apretón eficaz a la chica esa, no hubieras tenido que escribir la tal jerigonza. Si tu padre viviera te echaría la pela más grande que han visto los siglos, porque aquel sí sabía con cuantos hilos se amarra una hallaca. Pero, en fin, lo que pasó, pasó; y no es de perder el tiempo en cosas de tan poca monta Y como me pides un consejo, aquí te lo doy: échale tierra al asunto. Elévate sobre tí mismo y dale con tu dignidad en las narices a la dama en cuestión. Mujeres sobran. En estas montañas las tienes a puños y muy de gustar. Acuérdate del Jacinto de "La Ciudad y la sierra" y vente aquí, donde no hemos perdido la noción de ser hombres. Ustedes están muy llenos de polvos de arroz, cosméticos y agüitas de olor. Aquí los hombres huelen a hombre, tienen los brazos nervudos, la piel tostada y el corazón en su puesto. Por otra parte, aquí también hay para los

poetas: el río que se despeña y canta, el toro que muge en la vacada, el caballo que piafa y relincha en la yeguada y el pájaro que es flauta en la copa del guamo, son poemas de vida y te enseñarán a escribir con sangre y no con melaza. Sobre todo, te harán comprender que, fuera de la madre, no hay mujer que merezca la pena de gimotear por ella, pues, como dice el refrán, mujer y mula por la cintura . . .

Conque, a ver si vuelves por los fueros de tu varonil entereza, lamentoso Imaginífico.

—Esa carta, poeta, de una rudeza tan áspera, pero de una tan profunda sinceridad, emanada de un corazón nobilísimo, que sabía yo me quería entrañablemente, hizo en mí una saludable impresión. Volví sobre mis pasos. Me rehice. Me alcé sobre mi propia ruina y elevé un canto a la vida. Ahora, próximo a casarme, comparo la mujer que llena hoy mis ideales con aquella alma de trapo, y no alcanzo a comprender cómo mis anhelos pudieron hacer alto y soñar sobre tan mísera carne de falsía. Pero, ¿qué quieres, poeta? el corazón humano es así, y los hombres somos así . . .

*

Ahí tienes, Liliana, la historia de Imaginífico; una historia triste, pero el-

ficante. ¡Así se saca la alegría del dolor mismo; así se extrae la felicidad de la propia desventura!

¡Cuán distinta tu alma, Liliana mía, a la de la Imaginada! ¡Qué diferente la página de tu vida, toda lealtad, toda serenidad, toda elevación y bondad infinita! Por eso mis pensamientos van a tí, seguros y espontáneos, como los ríos al mar, como el incienso a los cielos, como las preces a Dios; por eso te mezo en mi esperanza y me doy a tí por entero, como la linfa salvaje al labio sediento; por eso te bendigo en Dios, en la santa memoria de mi madre y en la futura voz infantil, que un día será esquilita de alegría en el santuario de nuestro hogar.

## VII

*2 de noviembre* – 1919.

En este doloroso día de los muertos, mi carta para tí será triste, Liliana mía queridísima. La mañana, ataviada de brumas que argenta una luz mezquina, tiene la dulzura melancólica de esos enfermos de males incurables, que salen a tomar el sol en los jardines llenos de pimpollos, cuyas flores no abrirán para ellos, tal vez. Este aspecto de la naturaleza aumenta la nostalgia que me traen las blancas memorias de los seres queridos, ayer cantos de esperanza en la armonía de la vida y hoy imágenes de silencio y quietud en el horror seguro de los sepulcros. ¡Pobres mis muertos, cuyos sitios de eterno reposo marcan un mármol sin gloria, una cruz humilde, o un ladrillo rojo donde se muestran ¡cuán

tristes! las negras iniciales de los nombres que llevaron sin mancha en la vida, escasa en flores para ellos, como la tierra que ahora los cubre!

Duerman en paz mis muertos . . . Ellos, al cabo, están mejor que nosotros. Sus almas dejaron la vil envoltura y volaron al reino de la serenidad inalterable, donde se está en éxtasis perpetuo ante la infinita bondad

Mas, ¿y el amor? ¿Perdura el amor en la eternidad de los tiempos, más allá de la vida, de la eternidad de los siglos y la muerte? Si el amor, que es en la vida la dulzura infinita, acaba donde la muerte empieza ¿cómo concebir la infinita dulzura en la mansión de Hades, en la gloria celeste de que nos habla el Evangelio? Si así fuese, y tú murieras antes que yo, ¿cómo soportaría yo la vida? Y si yo muriera antes que tú, ¿cómo soportaría yo la muerte? Y si, como yo quisiera, muriésemos tú y yo a un tiempo mismo, ¿cómo podríamos gozar de la bienaventuranza eterna si no recordamos allá nuestros amores en la vida? Si yo quiero y bendigo el «mal de la vida» porque te amo, ¿cómo querer y bendecir el «bien de la muerte» si no he de amarte en ella, Liliana mía adorada? No! . . . no!... no!... rota el ánfora carnal que contuvo el jugo de las rosas inmarcesibles y seráficas que la mano del buen

Dios exprimió para nuestra delicia durante nuestros amores en la tierra, la placidez mística, la fruición extática, la beatitud inefable, la paz inexpresable, la inalterable dulzura celestial no podrá existir para nuestra alma, sin el amor. Y como es verdad que sí existe, mi razón tiene al amor como la sóla bienaventuranza posible en el reino de los cielos. Porque siendo el amor la única luz que guía los corazones en los caminos de la tierra, ha de ser la única cinta que podamos tender sobre el abismo definitivo, para pasar del borde conocido al borde desconocido, a la mansión de Hades, en donde no hay sitio sino para el amor. Sí, Liliana, yo se esto de una manera irrefutable, y ya antes lo he contado a los demás como ahora te lo voy a contar a tí:

Yo había muerto, súbitamente, en una tarde de estío. La luz dorada que caía sobre la ciudad, envolviéndola en una como niebla de ámbares, se quedó agarrada a mi espíritu durante el viaje liberador, como el aroma del azahar a las alcobas nupciales. Diríase que Dios quiso, como un bello castigo, hacer perdurar en mí la memoria de los crepúsculos, que antes fueron fascinación de mis ojos, hoy cerrados para siempre. ¿Perduraría en mí, por siempre, aquella luminosa visión de la tierra? . . .

Lo inesperado de mi muerte me impi-

dió despedirme de los seres a quienes amé absolutamente y expresarles mis últimos pensamientos. Esto me producía una vaga inquietud. ¡Yo tenía tantas cosas que decirles, Dios mío!

Pero nada me molestaba tanto como el recuerdo del grito breve, ágil y agudo que exhaló la Idolatrada cuando yo caí, inanimado, sobre las recias baldosas. Ella exhaló aquel grito sin ejemplo y se desplomó, también, sobre el duro suelo. Su cabeza chocó contra una de las columnas de mi lecho. Y la contracción del rostro, producida por el dolor del choque, y la manchita de la sangre que cayó de su frente y quedó viva en un pliegue de las sábanas, despertando en mí reminiscencias de una doméstica voluptuosidad sin nombre, me causaron agudísima pena, adentro, en la propia esencia del alma. Sólo entonces me fué dado comprender la inmensidad de mi cariño para la hermosa criatura ahora abandonada por mí, puesto que la pena que en ella ocasionaba mi muerte me dolía más que mi propia desaparición: ¿qué haría ahora, sin mí, la armoniosa alma que fué lámpara encendida en el santuario de mi cariño, y tan apegada a mis cosas, que era como linda parásita cuyas raíces alimentaba la savia de mi propia existencia?

Nunca pensé ¡gran Dios! que el re-

cuerdo de ciertas cosas terrenales persistiera en nosotros hasta más allá de la muerte. Ello me hizo comprender, con seguridad absoluta, que el espíritu es el pensamiento; que la recompensa póstuma es pequeña o grande según sea grande o pequeña la capacidad del intelecto puesto al servicio del bien, puesto al servicio del amor; y que para las diminutas almas inocentes, como para las almas feroces, las indefinidas, las absurdas o las fluctuantes entre el amor y el odio, no hay un humilde sitio siquiera en todo el ámbito de los cielos. De ahí que yo, maculado de pecados, hubiera podido, por medio del amor intelectual, llegar sin tropiezo a la mansión de Hades.

La sensación experimentada por mí en el tránsito fatal es comparable a la que nos produciría una larga zabuída en el agua inmóvil y yerta; y la experimentada al llegar al reino del Misterio, a la que nos produce el abrir los ojos dentro del agua. (Yo sé esto ¡oh Dante! de una manera incontrastable).

Un espíritu corpóreo, como un éter tangible, que yo no veía pero que "sentía", salió a mi encuentro y me habló con una voz sin sonido, con expresiones de pensamientos inarticulados que yo no escuchaba, pero que interpretaba mejor que el inútil lenguaje de los hombres.

Aquella venerable figura espiritual me dijo:

—Vienes estigmatizado de recuerdos. Indudablemente eres un alma mal desprendida de la carne, o desprendida en un insólito momento de tu vida. Es posible también que haya un error de designación, pues hoy debía ser desprendida un alma remota, que existió en lejanísima época, y que estaba en el propio momento de la transfiguración . . . Eso hay que averiguarlo . . .

Por mí pasaron entonces, como ligero roce de alas, estas palabras: Arcadia, Patmos, Chipre . . . ¿Habría yo, por ventura, tocado el caramillo, soñado con Juan o cantado con Homero? Sentí que mi espíritu flotaba, como en una niebla, en la eternidad de los siglos prehistóricos.

El espíritu venerable hizo un movimiento para alejarse; pero, no obstante el sobresalto que me causó su inaudita declaración, le detuve con un gesto familiar, emanado sin duda del relieve magnífico que, gracias a la muerte, había adquirido mi personalidad.

—Antes de que averigües "eso", le dije, quiero que me hagas un pequeño servicio; pues si he venido aquí por un error de designación, como tú dices, no quisiera regresar a la tierra sin haber visto algo que fué grave preocupación

en mi intensa vida corporal. Me refiero al deseo de conocer los lugares reservados aquí para las resaltantes virtudes espirituales. El valor, la honradez, el patriotismo, la hidalguía, por ejemplo.

El espíritu colocó el dedo etéreo sobre su invisible frente palpable y meditó. Yo "sentí" su meditación, sentí moverse y ensancharse la cálida médula espiritual de aquella nebulosa corpórea, tal como se siente la expansión de un fluído en una alcoba cerrada. Aprecié el esfuerzo; comprendí que el espíritu había hurgado hasta los más apartados lugares de la eternidad y del silencio. Luego me vió con sus ojos sin ojos, adentro, en el preciso germen inicial de mi vida de desaparecido, de mi incalificable existencia de muerto. Así fué como me miró la etérea figura palpable. Si algún día volviera mi alma a insuflar otra carne, no podría olvidar, así fuera reencarnada en razas distintas, no podría olvidar, digo, aquella desnudadora mirada de los ojos sin ojos, que sentí clavarse en el óvulo de mi vida de muerto.

Así me miró el espíritu . . . Y con una expresión mental que en él era un convencimiento y en mí el principio de una duda atormentadora, dijo:

—No existen.

—¿Cómo, respondí, el valor, la honradez, el patriotismo, la hidalguía, no

tienen lugar señalado en la mansión de los justos?

—Los justos . . . replicó el espíritu; pero ¿en qué absurda lengua hablas tú?

—Hablo en la lengua de los hombres y he pronunciado las palabras que expresan las más transcendentales causas de la humanidad. En torno de ellas gira el mundo moral como un enjambre en torno de una planta florida. Por ellas se batió Cartago, se batió Roma, se batió Grecia y se baten ahora más de las tres cuartas partes del mundo. Por ellas se escribieron códigos, doctrinas, tratados, historias, novelas, poemas: toda la ciencia y la literatura toda de los hombres.

—Palabras . . . palabras . . . palabras . . . dijo el espíritu.

Desconcertado, desconsolado, anonadado por aquella declaración, repetí mentalmente:

—El valor, la honradez, el patriotismo, la hidalguía, el amor . . .

El espíritu se transfiguró.

—¿Cómo el amor? ¿Has dicho el amor?

—Sí, el amor.

—Esa es otra cosa! Para el amor sí hay sitio aquí. El amor eres tú, el amor es el Padre. Junto al trono del Padre están los más altos héroes del amor. ¿Quieres verlos?

—Sí, respondí.

Y en un vuelo de infinita dulzura, tal como la que nos produciría la caída mesurada en el vacío sin fin, fuí trasportado a la divina mansión

Allí Teresa de Jesús, en éxtasis; Leonardo, sonriendo; Dante, radioso; Benvenuto, delirante; Buonarroti, «divinísimo»; Cervantes, iluminado; Hugo, portentoso y Darío, transfigurado. Allí toda la innumerable corte de los que cantaron, soñaron, gozaron o gimieron al beber en la fuente milagrosa.

Yo busqué en aquella muchedumbre a alguien para quien yo fuí canto de alondra, agua de manantial, jugo de uva, ramo de laurel y cordero inmolado. La busqué, y no la encontré Busqué a otras y no las hallé tampoco. Sí ví, en un humilde sitio, junto a una fuente simbólica, a una dulce alma sonriente, una dulce alma que derramó abundantes lágrimas por mí, y a quien yo no quise, no pude o no supe consolar en la tierra. ¡Pobrecita alma lacerada! . . .

Yo anhelaba encontrar a alguien que indefectiblemente debía estar allí. Yo anhelaba volver a sentir el roce del alma de donde brotó la mía como una rosa de una rosaleda, como una fuente de un río, como una luz pequeña de una gran luz. Recordaba sus cabellos castaños, sus ojos claros y sus manos perfectas, que tantas veces mecieron mi cuna y

acariciaron mi frente. La recordaba y me mordía lo que después de su muerte constituyó el más honrado remordimiento de mi triste orfandad: el recuerdo de las tantas pequeñas atenciones que pude hacerle y no le hice; el cariño que debí manifestarle en cierta ocasión y no le manifesté; el beso que debí darle ¡Dios mío! y no le dí.

Ya iba a desfallecer de angustia cuando sentí la presencia de la grande alma que fué toda bondad sobre la tierra, la armoniosa alma de donde nació la mía como una luz pequeña de una gran luz. Pero cuando intenté correr hacia ella, el espíritu venerable me tocó con el invisible dedo en la propia esencia del alma.

¡Pobre mi madre! . . .

*

Ya lo ves, Liliana mía queridísima: el reino de los cielos es una mansión de amor, donde tienen sitio sólo las almas que en la vida terrenal supieron beber, con labios puros y elevada conciencia, en la fuente de donde nace la vida libre de las bajas pasiones con que los hombres la han deformado, envenenado y envilecido. De ahí que yo, en la desorientación donde mi alma es un anhelo irrefrenable hacia la perfección, me haya agarrado a tu cariño como el ciego al báculo, como el náufrago a la tabla pro-

videncial. Y como mis muertos se alejaron de la tierra llevando el alma en estado de gracia de amor todo pureza, voy a visitarles en este triste aniversario común para llevarles un gajo de rosas y decirles: que al fin he encontrado el camino de camelias en pos del cual me vieron ellos salir un día con los ojos húmedos de pena y el corazón preñado de ímpetus; que tras las gélidas ráfagas de los amores sin fortuna y las devastadoras de los amoríos livianos, han llegado para mí las cálidas y perfumadas del sereno y hondo amor, lleno de edificantes propósitos; que ya arrojé muy lejos de mí y para siempre el ramo de flores malsanas que en hora menguada colocó en mis manos el demonio de los errores, y cuya fragancia de engaño aspiré hasta envenenarme la carne y el alma; que tú eres la misma niña aquella que ellos vieron ir llevando en el brazo la cestita de libros sin ciencia y en los ojos la imagen del candor; que te encontré para mi ventura en el templo del buen Dios, cuando más apretado era el mordisco del mal en la carne de mi corazón; que tú me has salvado poniendo miel donde había acíbar, ensueño donde había desesperanza y amor donde había dolor; porque mientras el pájaro tenía su nido, la sierpe su jaral y el tigre su cueva, sólo yo, como la paloma del arca, no

tenía donde posar la planta sobre la tierra; que iba, en fin, como áspera ánima en pena cuando te hallé a tí, imagen de la Piedad en un jardín lleno de músicas; y entonces dió mi rosa su olor, mis alondras su canto y su luz mi estrella.

¡Qué contentos se van a poner mis muertos cuando esto sepan! Tales revelaciones serán música en el interior de sus sepulcros, donde todavía arde, y arderá por siempre, la lámpara de los recuerdos.

Y cuando llegue la noche de este día, cante el viento entre las ramas de los cipreces y caiga sobre sus tumbas el aljófar de las estrellas, ellos escucharán las campanas doblar sobre la ciudad dormida, como una elegía de lágrimas. . .

Más tarde llegará la noche de la natividad divina, con su hermosa estrella alumbrando el camino del establo a los reyes de Oriente. Llegará y nosotros la esperaremos, Liliana mía amadísima, para llevarle manojos de azucenas al Glorioso Niño, y pedirle que tenga siempre la luz de su sonrisa sobre nuestros corazones, para que así podamos ir sin tropiezo por los caminos del mundo.

## VIII

3 *de diciembre* – 1919.

He venido a la ciudad de los duraznos deliciosos y las mujeres espirituales sólo por verte a tí, Liliana, que eres durazno en sazón y armoniosa alma. A verte he venido, y a traerte mi devoción como un gajo de flores recien cortadas; mas apenas te he visto de lejos, y mi corazón ha sufrido porque pude advertir que entre tú y yo hay todavía un largo camino de silencio que recorrer, un largo camino de silencio donde se muestra, esquiva aún, la esperanza, como una fuentecilla de agua dudosa en un desierto.

Esta mañana pasaste frente a mí. Entre el bronce del Libertador y yo pasaste, como la gracia alada entre el pensa-

miento heróico y el amoroso pensamiento. Así la imagen de la serenidad entre dos ímpetus; la de la dulzura armoniosa entre dos amarguras: la amargura olímpica y la humilde amargura.

Entre el héroe y yo, pasaste, portentosa. Tu frente se inclinó para saludarme, pero tus labios no se entreabrieron para sonreirme. Mis ojos te siguieron un instante, mi pensamiento largo tiempo, mi alma una eternidad. El surco de serenidad que dejaste, me envolvió; y el ritmo inexpresado que ascendió de mi alma, te circundó como un halo.

Mi corazón palpitó aceleradamente. Nudo violento se hizo en mi garganta. ¡Flaqueza de ánima! . . . ¿No tembló Dante a la presencia de Beatriz? Acaso si en el temblor cordial está la potencia del amor, que no en la audacia. Así, mi súbita zozobra te dijo más que mi verbo. Tal vez por ello me miraron tus ojos como me miraron . . . ¿Cómo me miraron tus ojos? ¿Podría yo decirlo? ¿Podrías tú decirlo? ¿Podría alguien decirlo? ¡Ah, tu incalificable mirada de infinito!

Ya mañana no podré verte, adorada mía. Retorno a la ciudad de las naranjas dulces y las mujeres bondadosas, la ciudad que nos vió nacer y crecer, a tí y a mí, casi juntos, pero separados por el destino, interpuesto entre las líneas divergentes por donde hemos caminado

con el mismo sueño de elevación. Ahora, que venimos de regreso, indefectiblemente tendremos que encontrarnos en el punto de partida. Como seres salvados del dolor nos encontraremos, con las almas renovadas por el ideal, fortalecidas por la esperanza y aleccionadas por el sufrimiento. Allá te espero. Cuando tú llegues, me acercaré a tí para saludarte en el amor y bendecirte en Dios . . . ¿Me dirás entonces la divina palabra?

¡Adiós, Liliana! Te dejo esta carta y en ella mi corazón. Como el lirio en el légamo, en su fondo verás tu propia imagen, y la mía propia, como las piedras obscuras a través de las linfas; pues vives en mi cariño como la miel en la cera, como la fragancia en la rosa, como en la célula el pensamiento. Así, intensa y perdurablemente, vives en mí.

¡ Adiós, tormento mío ! Llevo más pena que traje, porque llevo más amor que tenía. Y más amor que tengo tendré cuando tú llegues.

Espero que tu regreso será por pascua de Navidad. Los cercados humildes estarán entonces festonados de enredaderas; mostrarán sus estuches de oro y púrpura el cundiamor y su gracia efímera la campánula azul y la campanica de ágata rosa. Mi alma estará también revestida de nuevas flores; habrá pompa

y verdor en ella para cuando tú llegues, cariño mío.

Cuando las campanas de nuestra noble ciudad anuncien el advenimiento del Niño, tú estarás cerca de mí, quizás. Ello será un símbolo y una promesa. . . Acaso entonces tú puedas decirme la palabra suprema. Yo espero que me la dirás.

Lilia, Lilián, Liliana mía: Adiós! . . Te cubro de besos, te mezo en mi esperanza y te mimo en mi ternura.

## IX

*26 de diciembre* – 1919.

No viniste para la pascua de Navidad. ¡Con qué ansiedad te esperaba! Sufrí el mal de esperanza engañada, que en el sentir de altos jurisconsultos psíquicos, como me escribió un día el noble Saluzzo, es el peor de los males. ¡Qué pena me dió cuando supe que ya no venías! Había arreglado mi corazón para recibirte; había lavado mi alma de toda sucia tristeza para que tú la encontraras como nueva. Como esas casas humildes recien encaladitas, mi alma estaba sencillamente primorosa. Mas como no viniste entró en ella el torbellino de la pena y me la echó a perder. ¡Si vieras lo triste que se ha puesto mi alma, Liliana mía, al saber que no has regresado! Mi

corazón, que te iba a cantar, te llora; la ciudad, que se iba a regocijar con tu llegada, está nostálgica también. ¿No se visten acaso las cosas con el traje de nuestra alma?

Como un mutilado a quien se obliga a andar sin muletas ni ayuda, diríase que mi destino es ir alzándome y cayendo. Por cimas y simas, subiendo y bajando, entre nobles ímpetus y graves desfallecimientos, tus hechizos me llevan por accidentado sendero. Y como no eres ficción de mi mente sino imagen real y palpitante, donde he puesto mis ideales y mis ansias, camino tras de tí, obsesionadamente. ¿Cuándo podré calmar mi sed en tus cisternas, restañar mis heridas con tus bálsamos, mis sienes ungir con tus mirtos, mi corazón a tu sombra reposar? Los labios de la esfinge sonríen, pero no hablan. Mas como yo amo, espero. «Ame y espere; en el amor se contiene todo y la esperanza es la fianza segura de la victoria». ¿Recuerdas esta frase de la carta de Saluzzo para mí, Liliana mía? ¡Qué buen consejo éste del generoso y elegante académico! Amar... esperar... toda la fuerza de la vida, la ciencia toda del mundo. Yo sufro mientras te espero, pero el dolor de la espera acrecienta mi amor para tí. Mi amor para tí crece indefinidamente, como la luz. .como la sombra...como el tiempo...

Tu amiga, aquella figulina de Tanagra, en cuyos ojos se asilaron la noche y dos estrellas, me alienta con su palabra. Ella conoce mi secreto; y como tiene su novio y sabe quererle, se conduele de mi pena y su consejo es de aliento para mí ¡Cuánto le agradece mi alma esta dulce y delicada bondad! Si algún día pudiera yo echar rosas en el camino de su vida, la alfombraría con todas las disponibles de mi jardín. Para que ella pasara del brazo del amado yo cubriría su camino con rosas insignes, no con las inmarcesibles que tengo para tí, Liliana divinísina, que esas sólo para tí las he cultivado y no más que para tí sola saben aromar. Así le pagaría, acaso mezquinamente, su generosidad para conmigo, y para contigo, pues si ella me estima es porque te quiere. La noche de Navidad me la encontré Iba con el amado. Me acerqué Ella me dijo, con pena:

- No vino . . .

—No vino, le respondí.

— Pero debe esperarla.

— Debo esperarla, sí, yo debo esperarla . . . yo la espero. ¿Sabe usted cuándo vendrá?

- No lo se; pero ella vendrá.

—También yo creo que vendrá . . . necesito creer que vendrá. ¡Sufro tanto!...

Yo tenía un nudo en la garganta. Me alejé y penetré en el templo. Allí oré

por tí. Ante el humilde pesebre oré por tí y porque vinieras pronto. Se lo pedí a la Santa Virgen, al Niño Glorioso, a la humilde mula, al paciente buey . . . ¿No alcanza, quizá, también a estos animales, en la noche conmemorativa del divino advenimiento, el poder milagroso de curar penas incurables que tenía el Rabí?

Mas no era yo solamente el que imploraba. Ante la imagen del Niño había muchas almas que pedían. Un hombre, caminando de rodillas, recorrió las naves, llevando en las manos un cirio encendido y rezando en alta voz. Una mujer, prosternada hasta besar el suelo, oraba incesantemente. Otros permanecían en éxtasis, con los ojos clavados en la imagen de la Virgen. Una dama enlutada, en cuyos ojos ardía una extraña llama, oraba y sollozaba sin consuelo. Aquello me oprimía el corazón. ¿Qué gran desgracia sacudiría a aquella alma? Cuando salió me fuí tras ella y la detuve en el pórtico.

—¿Por qué llora usted así?

Me miró sorprendida. Seguramente no pensaba que alguien pudiera interesarse por su dolor.

—Llora usted como quien ha tenido una gran desgracia.

—Una gran desgracia, ciertamente; no es de ahora, pero como fué una no-

che de Navidad que nos casamos . . .

Se cubrió el rostro con las manos y volvió a sollozar. Mas como le demostrara tan vivo interés por su pena, me dijo:

—De novios éramos muy felices; de casados también, al principio. ¡Era tan bueno! . . . pero yo le celaba hasta del aire. El demonio de la duda se me había metido en el corazón ¿por qué? yo misma no podría decirlo; pero aquella zozobra crecía día por día y me atosigaba. Día tras día aquella gota de amargura caía en mi alma. Así, las escenas de celos surgían casi a diario. El trataba inútilmente de convencerme. Sus juramentos antes que aseverarme su amor me parecían hechos para ocultarme su traición. Aquello era horrible. Una noche la cosa subió de punto. Reñimos. Le injurié, le ofendí en su orgullo, lancé sobre su alma un tremendo y humillante concepto. Entonces él, iracundo, me golpeó bárbara, furiosamente, y, se marchó. Se marchó para siempre . . . El niño llora algunas veces por él; y yo . . . ¡ya usted lo ve! . . . no puedo vivir sin él, no tengo paz ni sosiego sin él . . . Hace cuatro años vengo, en la noche de Navidad, a pedirle a la Virgen que me lo traiga. Pero la Virgen no me escucha y él no vuelve. Yo necesito que él vuelva aun que sea para

pegarme . . . Sí, yo necesito y quiero que él me pegue, bárbara y furiosamente, como aquella noche en que se marchó para no volver. ¡Dios mío! . . .

Quizás, Liliana, aquella era un alma vulgar, pero indudablemente su pena era mayor que la producida en mí por tu ausencia. Por eso me sirvió de consuelo en la triste Noche Buena, en la memorable noche para la cual había preparado mi corazón para recibirte y tú no viniste. Aquella grande amargura empequeñeció mi amargura. El dolor de tu ausencia se hizo casi suave. Por eso te espero ahora sosegadamente, dulcemente, inefablemente, así, como sólo el Cordero divino sabe que te espero, corderilla mía.

## X

1º *de enero* — 1920.

Un año más . . . un año menos . . . Al sonar la última campanada de las doce de la noche cayó por tierra el vencido; pero, como el fénix de la fábula, de su propia ceniza surgió y echó a andar el nuevo cíclope. Ha sido sólo un accidente fatal del tiempo. Ha sido sólo un cambio de fechas. Mas el corazón humano es irremediablemente supersticioso, Idolatrada mía, y en esta hora supina, que se repite cada doce meses de nuestra obscura existencia, se hace en nuestra alma un signo de interrogación seguido de una ringla de puntos, al fin de la cual no responde palabra alguna afirmativa ni negativa. Se abre tan sólo un largo vacío que llenamos con suposi-

ciones, casi siempre optimistas. ¿Y qué sería de nosotros si no lo fueran?

Contrariedades, desazones, fracasos, grande o mísera desgracia, caen en la fosa de ese muerto; esperanzas, anhelos, sueños de triunfo, pequeña o abultada felicidad, surgen y cantan sobre la tierra con que acabamos de cubrir los despojos de ese muerto. Soñar, esperar, prometerse así mismo la dicha, que ha de cumplirse en el breve plazo de un año, he ahí la más saludable y potente filosofía. ¡Bendita sea la sana alegría de vivir! Si el dolor nos hirió, olvido para el dolor; si la ventura nos acarició, acogimiento y mimo para la ventura. Tomar las penas del año que termina y volverlas alegrías para el año que se inicia, es hacerse de una fuerza incontrastable para la lucha, es alzar un valladar contra la agresión del adverso destino. ¡Qué saludable antonismo! ¡Loado seas, Antonio el Generoso! ¡Salud, calumniado Epicuro! Y para tí, Finot, autor del libro saludable donde se ensalza el contento por la vida, un voto de reconocimiento y una rosa aljofarada en este día de sincero optimismo. Esténse lejos de mí los enlutadores de la vida: el cuervo de Schopenhauer a sus cadáveres; el buho de Leopardi a su pino; el lobo de Nietsche a su carnicería. Yo estoy bien con la paloma del Arca, las blancas

alondras y el cínefe de oro. Repicad, campanas de mi torre en este día inicial de una vida que ha de ser buena. ¡Qué esplendoroso el orto del sol!

En esta dulce mañana vivo para el amor y canto para el amor. Tu imagen ausente me sonríe, Liliana divinísima, y a tí voy como el pájaro al nido. Me siento como un niño primoroso que, recien salido del baño, va a tomar su alimento. Ningún estado de más candoroso contento de la vida que éste del niño recien bañado y feliz ante su alimento cálido, fragante y sabroso. En tal momento la vida es una delicia.

La frase de Calibán que dice: "yo debo comer mi comida", tan injustamente censurada, no es una grosera expresión, y sí una saludable manifestación del egoismo justificado por el deber de vivir. Pantagruel se hartaba, Gargantúa engullía, Calibán solo advierte el deber indeclinable de comer *su* comida". De esta manera yo, lleno ahora de un formidable optimismo por la vida, por el amor, por la fortuna, por la gloria, por tí, Liliana, Meca de mis ideales, me siento tentado a exclamar en un rapto de franco egoísmo: ¡"yo debo comer *mi* comida"! . . .

Sí, yo necesito vivir mi vida, elevar mi vida, glorificar mi vida, llevarla como una bandera y clavarla, airosamente, en

la cúspide de la montaña de mis sueños ; llevarla como una rosa y colocarla, amorosamente, en el ápice de tu alma. Allá para que tremole a todos los vientos, acá para que arome el ambiente en que discurren tu alma y la mía. Para ello cuento con la energía candorosa que me viene de tí y la dilatada energía que saqué de los antros de la vida, como una gema inquebrantable y fúlgida de los oscuros socavones.

Estoy de pié y vigilante ante el destino, con la una mano sobre el corazón y en la otra la maza sólida y ferrada. Aquella para escuchar las voces del amor y ésta para defenderme de las acometidas del diligente mal, cuyos ojos de Argos e intención del monstruo de Lerna atisban y meditan en las sombras circundantes. Si Arimanes vigila, Ormuz, no ya inerme, labora aleccionado y precavido.

De esa gallarda manera, al lucir el alba de este año, he puesto el pié en el dintel del recinto donde actúan, confundidos y llenos de opuestas ansias, hijos de Canaán e hijos de Belial, de la Belén y la Gomorra modernas.

Con cenizas de mis fracasos, sangre de mis dolores y lágrimas de mis anhelos muertos he rehecho la estátua de la Esperanza, la he cubierto con el peplo del amor, aderezado con las ajorcas y

pedrerías de mis anhelos nuevos, y, así, olímpica en la inefable sencillez de sus formas, la he puesto a lucir sobre la más alta y verde colina de mi reino. Mírala, Liliana: ¡cuán hermosa se muestra en la dulzura de su serenidad extasiada! Tiene la misma mirada abarcadora de Minerva, el mismo gesto triunfal de Diana y la misma armonía impecable de Anadiómenes. ¡Como se te parece! ya lo creo: la reconstruí pensando en tí y fué de tu alma que salió el soplo para insuflarla.

Ahí se esté la generosa imagen hasta que tú llegues para ocupar su sitio. En tanto, ella permanecerá erguida en su deífico atributo espiritual. Ninguna otra mano que no sea la tuya podrá destruirla; sólo la tuya, que no otra podrá devastarla. ¿Qué fuerza, oponiendo yo la de tu amor, podrá herir, ni siquiera tocar a la sagrada imagen? ¿Qué soplo podrá rasgar, ni siquiera alzar el velo que la cubre como una dalmática fastuosa?

Ante el tropel de los centauros del mal la imagen de la Esperanza conservará su inefable sonrisa ; el simún de los duelos, desencadenado contra ella, no alborotará su túnica, agitará sus cabellos ni turbará su mirada de infinito. Su divina sonrisa y su augusta serenidad permanecerán inconmovibles ante toda agresión de los hados. La luz de

Zeus está, circundante e iridiscente, sobre su cabeza. ¿Quién se atreverá a romper el olímpico disco?

Ya ves, Idolatrada mía, cómo se muestra mi amor para tí en esta aurora de Año Nuevo. Y si así se muestra estando tú ausente, careciendo yo de la luz de tus ojos y el néctar de tu palabra, ¿cómo se mostraría estando tú conmigo? ¿Cuál sería el canto, de qué guzla no oída, para expresar la alegría de tenerte a mi lado?

Pero tú vas a venir. Una voz recóndita, nunca antes escuchada, y que ahora es concento en el seno de mi alma, me dice que tú vas a venir. Y como las voces de mi alma no me engañan, preparo mi corazón para recibirte.

Está ya alfombrada de rosas la senda: puedes entrar, Liliana. Te saludarán el cisne y la calandria heráldicos. El Paje Magnífico te entregará un ramo de camelias y te ofrecerá la mano para conducirte. Pan ceñirá a tus sienes la diadema de rosas. Yo depositaré en tus manos el beso omniamoroso.

¡Adelante, Divinísima!

## XI

*6 de enero* – 1920.

Los Santos Reyes me han traído un magnífico presente. Era natural que aquellos a quienes yo alabara en el cordial decoro del verso, tuvieran para mí en su día una muestra inequívoca de su generosa bondad. No me sorprende, pues, Liliana de mi adoración, que hayan escogido este día de sus ofrendas al Niño Glorioso, para traer al poeta su parte de oro, incienso y mirra en el ánfora espléndida de la Bien Amada. ¿No estaba yo, acaso, necesitado de esta donación? No es mucho haber agregado a la dulce carga de sus ofrendas para el Niño la insigne rosa de tu persona para el poeta, que en el día de su adoración

quiere, torciendo hacia su ensueño la gracia del símbolo cristiano, decirles así:

Melchor es el Ritmo, Baltazar la Idea
y Gaspar la esencia de la fiel Bondad;
con las frentes bajo la divina tea
cruzan el sendero de ideal Judea
hacia el orto insigne de la Navidad.

Sí, hacia el orto del amor caminan los Magos del Oriente, trayendo sus ofrendas para el Niño Ensueño que acaba de nacer a tu advenimiento. Los animales simbólicos están allí para adorarle, y mi alma le sustenta, le mece y le mima con inefable ternura maternal.

Ya mi corazón desfallecía de congoja porque tú no llegabas. Desconsolado iba por senderos desolados, huérfano de tu gracia, desamparado de la generosa luz de tus ojos. Y las campanas de la torre ideal, locas de contento, han echado a volar sus músicas sobre la ciudad al saber que estaba ya en ella la Serenísima, la Elegida de mi corazón, cuyos ojos de ámbar supieron constelar de temblorosos diamantes el obscuro chaúl de mis cielos.

Dios, que todo lo da, me dió a mí esta súbita alegría. Por eso, de mi vida que era desesperanza y zozobra, acaba de surgir, como chispa del seno de ya tibia ceniza, la clara llama del júbilo, la

generosa y calentadora flama de la esperanza.

¡Bendita luz esa, Liliana mía, a cuyo calor dan flores hasta los páramos y se hace estrella toda menuda chispa de aliento! ¡Felices aquellos que, como nosotros, podemos comprender y guiar esta potencia!

Toda la diligente acuciosidad de las furias, soplando de continuo sobre esa llama, no será bastante para extinguirla. Ella permanecerá por siempre, esbelta hacia los cielos, en el seno de nuestra alma.

Un día cualquiera esa llama se torna en estrella y esa estrella en constelación, hasta formar una dilatada Vía láctea en la impecable transparencia de los ámbitos.

Así en mi alma cuando supe tu retorno.

Cuando supe que tú habías llegado, mi alma, como una corza joven, saltó de gozo y cabrioló dentro de mi pecho. Echó a correr por las praderas del ensueño, loca de alegría, mi pobre alma, cuando supo que estaba cerca de mí aquella a quien ama mi corazón. Y antes de que mis ojos te vieran mi amor te cantó:

Salud, Omniarmoniosa,
carnal rosa de Sarón!....
generosa y milagrosa

hoy ha abierto una gran rosa
de amor en mi corazón.

Abierto ha, ciertamente, en mi corazón una gran rosa de amor y de alegría. Y de mi corazón la arranco para enviártela en esta carta. Va escarchada con las lágrimas de mi emoción gozosa y dentro lleva, además, como rubí en estuche de ágata, un beso que saltó de mi ánima como una gota de sangre. Ningún jardín, de todos los reales jardines del mundo, cuando la primavera es venida y el canto de la tórtola es concento en el breve palacio del nido, puede ostentar una rosa más hermosa, fresca ni fragante que esta de mi alegría, nacida en mi corazón cuando tu advenimiento. Ni tampoco otra ofrenda mejor que ella para tí, que tienes carne de rosa, boca de rosa, frente de rosa, manos de rosa, piés de rosa, seno de rosa y alma de rosa, ¡oh, portentosa y milagrosa rosa de Sarón!

¿Qué palabra cariciosa, chiquitita y deliciosa te dijera yo para saludarte en este día de Reyes, en que has llegado de improviso para adornar la ciudad con tu prestigio y exaltar mi corazón con la serenísima luz de tus ojos, cariñito mío?

Pero, ¿y si tú no has venido para mí? ¿y si cuando yo me acerque a tí tú rompes con una sola palabra el encanto de

mi quimera y con un soplo desbaratas, como castillo de naipes, el palacio de mis ilusiones? ¡Ah, temblor del corazón enamorado ante el enigma de la Idolatrada! Por eso seguramente el «tímido» Gustavo Adolfo no quiso acercarse nunca a la Julia de sus sueños; por eso seguramente cuando se le invitó a ser presentado a ella, respondió :

—No, no quiero tratarla... Para qué?. .

Y se contentó el poeta con escribir rimas para la amada y llevarla en el espíritu como una lamparita de santuario...

Mas yo no me contentaré con ello, Liliana mía. Vivir de la esperanza y amando en silencio es ciertamente muy hermoso, pero al cabo resulta simple y estéril. A mi corazón no le basta mirarte. Mi alma necesita hablarte y escucharte y mi ambición, menos platónica que la del dulce Bécquer, necesita conquistarte y hacerte mía, única y eternamente mía. En eso anda mi alma, y no tendrá paz ni sosiego hasta lograrlo. Sí, toda mi vida, cada una y todas las palpitaciones de mi alma consisten en eso : en hacerte mía. Escalaré los montes, bajaré a los abismos, atravesaré los mares, sin descanso, en impulso sin tregua, hasta tremolar mi bandera en tu reino y clavar mi escudo en tu palacio.

Mientras eso suceda, Liliana, te saludo en el día de los Santos Reyes, te bendigo en el Niño Radioso y beso tus piés en los divinos piés de la Mater Gloriosa.

Bienvenida seas, Divinísima. La gloria del Amor te saluda.

## XII

1º *de febrero* – 1920.

Nunca pensé, Liliana queridísima, que contigo me viniera un estado de dolor que no conocía mi alma. Esperaba que tu retorno me traería un contento inefable y permanente. Cuando supe tu regreso a mi humilde ciudad de Valencia, las campanas de mi alegría echaron a volar por los cielos sus músicas, y del seno de mi quimera salió un enjambre de mariposas, un revuelo de alondras y una teoría de luceros. Jamás estado alguno de mi vida puede compararse en exaltación gozosa al estado de gracia en que entró mi ánima, cuando tu retorno de la ciudad de los melocotoneros a la villa de los naranjales. Creí llegado el día de

mi ventura real. Ana, la hermana mía, así me lo dijo:

—Los Santos Reyes te han traído un delicioso regalo. Te felicito porque tu alma ha tenido en ello una grande alegría. ¡Qué bueno es Dios nuestro Señor que así se porta contigo! Debes hacer un canto para él, y para el amor que de tal manera se te da y está en tu reino.

Y el canto salió de mi corazón como agua de manantial. Como flor de las aguas, espontaneo y fragante salió de mi alma el verso en tu honor, en gracia a Dios y en homenaje a la vida. La vida, Dios y el amor, hechos júbilo y sagrada potencia, cantaron en mi corazón la teofanía de la Idolatrada. Pero he aquí que cuando mi corazón era una rosa abierta al alba, nido de fragancia y estuche de aljófares, nuestra amiga, la que tiene los ojos de ónice y el habla abundosa, vino a mí para decirme con voz en que había cristal roto y congoja dispersa:

—Aquella a quien ama su corazón está enferma. Vaya al templo y ruegue por la salud de la Serenísima. La Virgen, que es tan buena para con usted, le oirá y devolverá la salud a nuestra amiga. Yo voy a verla y a llevarle estas flores. ¿Quiere usted que le dé sus memorias?

—Dígale que sufro mucho por ella;

que la llevo en el corazón como una espina que no quiero arrancarme, que no puedo arrancarme, que no debo arrancarme . . . Y como lleva usted tan lindas rosas para ella, deme una para ponerla en el altar de la Purísima. Con tan humilde y primorosa ofrenda, venida de sus manos, espero que la Inmaculada tendrá compasión de mi pena y escuchará mi súplica. Llévele mi fé y mi cariño; y, como usted es tan buena y discreta, bésela en la frente y luego dígale que yo le mando ese beso... Ah! si yo al menos pudiera acercarme a ella!...

Cuando tu amiga me dió la rosa que ofrendé a la Purísima, sus ojos, Liliana adorada, estaban húmedos de pena. ¡Cuán buena es y cuanto te quiere esta preciosa figulina de Tanagra! Que Dios le pague en el amor de su novio tan delicada bondad para con nosotros!

Al salir del templo, donde pedí al buen Dios y la santa Virgen por tu salud, mi corazón estaba fortalecido por la esperanza. Entonces comprendí, una vez más, que la oración es el mejor bálsamo para las heridas del alma. Y una vez más sentí compasión por esos seres que van por el mundo azotados de penas, sin fé en la misericordia divina, único oásis en este desierto de la vida, en este valle de lágrimas por donde transitamos

gimiendo y llorando los desterrados hijos de Eva.

Día y noche, suspiroso y empequeñecido por el susto de perderte, he pasado por tu casa para inquirir el estado de tu salud. Y como tu casa está aún vedada para mí, casi siempre retorno al hogar trayendo más incertidumbre que llevé. Una noche la criada me dijo, con esa maligna simplicidad de los indiferentes:

—Ha pasado el día mal y ahora está peor. Como no vaya a morirse la señorita . . .

Tuve deseos de ahorcarla; mas recordé las generosas palabras de Jesús ante la insensata horda, y la perdoné. Aquella torpe no sabía lo que hacía. ¿Cómo podía medir mi dolor aquella alma de estopa?

Ni ella ni los otros ni tú podrían medir mi dolor, Liliana idolatrada. Sólo Dios, que todo lo sabe y lo pesa, puede saber lo mucho que sufro. A él se acoge mi alma en este duro trance de mi vida. Y en él espero confiado, no resignado, que mal podría mi alma resignarse al dolor de perderte. El dolor de perderte sería mayor que mi vida y me la rompería. Rota el ánfora de tu vida mi vida se rompería también. La copa azul de mi alma, donde se contiene el vino de mi amor para tí, se rompería si tú murieras, gacela mía.

Pero no! . . . tú no puedes morir. Tu destino es vivir para mí. Para que seas lucero sobre el camino de mi vida y me lo llenes de fulgores, Dios te ha puesto ante mis ojos y te conservará para mi ventura. Yo tengo fé en ello y mi corazón, antes que desfallecer de desesperanza, se llena de ímpetus para el amor y grita con fé: ¡vivirá para mí! ¡ella vivirá para mí!

Un día mis ojos te volverán a ver con los colores de la rosa. Tus ojos, con el brillo de las estrellas, un día me verán. La salud, «divino tesoro», volverá a estar contigo y, como antes, se mostrará en tí portentosa; y te volverá a prestar aquel fragante encanto de fuerza y serenidad que siempre tuviste, y que era en tí como un aroma circundante que provocaba aspirarte y sorberte como un elíxir de vida.

Así, Liliana, un día te verán mis ojos. ¿No se lo he pedido, acaso, a la Inmaculada? ¿Y cuándo me negó la Inmaculada lo que yo le pidiera? ¿No hemos hecho, ella y yo, un pacto cordial?

¡Qué consuelo, amor mío, este que dá la fé en Dios!

La naturaleza, cuyo ambiente tiene la virtud de renovar las fuerzas del cuerpo y del espíritu, elevar la conciencia y suavizar las asperezas de la vida, también es paliativo de mi pesadumbre. Al-

gunas tardes la busca mi alma para gustarla como un vino generoso. A la hora del crepúsculo, cuando todavía no cintila la corola de Véspero, y es cristal de zafiro el ámbito celeste, me voy a las márgenes del río, de este mísero Cabriales que corre humilde y silencioso bajo la melena de los bambúes, el airón de los marías y la púrpura de los bucares. Su suave murmurío, que más es gemido que música, se hermana a mi pena y me la consuela ¡De cuántas zozobras, esperanzas y desvaríos de amor no ha sido confidente esta mísera lágrima errante!

Otras veces, de pié sobre la estéril colina que mora frente al Acueducto, ha sorbido mi alma el vino sedante que emana de las montañas. Y he recordado de aquella mi «Antifonía Eglógica» que un día dedicara al alma enigmática de Tablada, las dos estrofas que dicen:

Oye en éxtasis el alma
la salvaje antifonía
que acompasa el ronco viento
con su asmático violín;
y en el lienzo de los cielos,
tras la anciana serranía,
extendiendo va el crepúsculo
un matiz de cinzolín.

.....

En el seno de estas sierras
halló el ánima reposo;
bebió el vino de la gracia
mi recóndita ansiedad....
Las montañas se han dormido
bajo el beso tembloroso
de los astros.... y están llenas
de una vasta soledad.

Llena el alma de una vasta desolación, vengo algunas tardes a esta estéril colina del Acueducto, en pos del vino de la gracia y de reposo para mi recóndita ansiedad. Sí, Liliana mía, es reposo y dulzura lo que ha menester mi corazón, desasosegado y amargado porque te siente lejana y enferma. Mas yo bendeciré esta pena cuando tenga la alegría de saberte sana, pues la congoja que me da tu enfermedad me servirá para medir y apreciar la exultación que me causará el retorno de tu salud. Pues bien comprendo que si el buen Dios nuestro ha permitido que enfermaras, es sólo para hacerme presente que la dicha es transitoria. Pero cuando tú recuperes la salud, asimismo sabré comprender y agradecer que el dolor, como la dicha, también es transitorio ; que solo es perdurable y eterno el amor, más sublime si la amargura lo aureola. En ello precisamente consiste la sola dicha posible en la vida, en tomar las penas como vienen y mol-

dearlas a fuerza de energía para volverlas contento de vivir y saludable enseñanza. Por eso bendigo y amo la vida; por eso espero confiado.

Ya verás, Liliana, como pronto tendrás los colores de la rosa y la mirada de estrella.

Entonces caerá una estrella en el cáliz de mi alma.

## XIII

30 *de marzo de* 1921.

***El Imaginífico al Poeta:***

Te escribo, mi querido poeta, desde esta España heroica y caballeresca a donde vine, no con el objeto de realizar el sueño de elevación espiritual que siempre fué llama viva en el santuario de mis ideales, sino para realizar—¡paradoja del destino!—una existencia de conservas alimenticias.....! como esto requiere una explicación, voy a dártela:

Doña Elisabeth del Campo y Torrellas, que es mi mujer, tenía aquí un pariente lejano, un comerciante en víveres que murió abintestato y sin dejar más pariente que ella, por lo cual vino a dar la fortuna del buen trabajador (q. e. p. d.) a manos de mi noble compañera. Es triste esto de no poder llorar sobre la

tumba de un hombre que el destino ha elevado a la categoría de benefactor nuestro; pero no seremos ciertamente tan duros de corazón para dejar de premiarle su acción involuntaria con un mausoleo digno de su honrada memoria. Lo tendrá como se lo merece.

Ahora bien, como yo no sé ni quiero saber de estas cosas en que el número es la sola razón y el único objetivo, logré que el tío Claudio dejara las montañas de «El Salto» y se viniera con nosotros para que interviniera y nos pusiera en limpio el asunto de la herencia. Vino, pués, el tío Claudio; y no sólo vino, sino que enamorado de unas deliciosas tierras de labor resolvió comprarlas y quedarse. Ya puedes figurarte la sorpresa que nos causó esta determinación del empedernido montañés. Elí ha dicho: —La venta de «El Salto» y el establecimiento de mi tío Claudio en tierras de España, no me sorprende menos que si los moros volvieran a sentar sus reales en la Península.

Tienes, pues, que nos quedaremos en España. Elí y yo visitaremos la Corte en el mes entrante, pasaremos luego a Francia e iremos a establecernos en Barcelona, donde fundaré la Editorial «Bolívar», que se iniciará con las ediciones de «Aguas Errantes» y «Anforas Eternas» que ya conoces y al frente de las

cuales irá tu nombre como un blasón. Ya ves que el Imaginífico no ha muerto en mí, antes por el contrario parece que resurgirá con más ímpetus.

Es mi propósito pasar en Barcelona el resto de mi vida, entre el amor de los libros, el de Elí y el «Españolito», que así llamamos al primogénito con que el buen Dios ha querido premiar aquí nuestros amores. No quiero pasar adelante sin hablarte del chico. Es un encanto este Leonardico, con su carita de querube y su habla inútil al entendimiento pero eficaz a la alegría de nuestros corazones y a la esperanza de nuestra vida. Nunca pensé que una personita tan nimia y torpezuela pudiera llenar el mundo. I sí que lo llena. Con caber de sobra en nuestras manos apenas si cabe en lo infinito de nuestra alma. Su ser moral comienza al margen de los primeros idilios y se prolonga más allá de las edades posteriores, donde el sueño de Elí y mío es lucero fijo en la comba de los cielos.

¡Que cosa tan grande, mi querido poeta, es el primer fruto del amor! Toda nuestra vida está encerrada allí. En torno de él gira nuestra ambición. Los sueños se le agrupan en derredor, le envuelven, mecen y elevan a una alta dignificación, a una nobilísima categoría donde toda hipérbole de exaltación es razonable. Nada nos importan entonces los

inunmerables ejemplos de niños prodigiosos que no llegaron a nada, que se transformaron en seres vulgares, en carne de depravación y de crímen o en perfectos idiotas. El nuestro es cosa aparte. Mi Leonardo, ¿porque no decirlo? es excepcional para mi ensueño. Yo lo revisto en el futuro con el casco del guerrero sublime, la toga del magistrado magnánimo, el uniforme del diplomático celebérrimo, el hábito del sacerdote eminentísimo, o, por un afán de mi cariño y mi anhelo, llega un día insólito y se sienta en el trono de un monarca o ajusta a su frente la tiara del sumo Pontífice. Es entonces Bolívar libertando pueblos, creando el arbitraje y enunciando la Liga de las Naciones; Lincoln decretando la abolición de la esclavitud; Bismarck creando con sus ideas de hierro el imperio germánico; Fray Luis de Góngora dando su nombre al culteranismo de los siglos XVII y XVIII; Alfonso XIII, el menos monárquico de los reyes, o León XIII, el más tolerante de los papas....

Pero, ¿a donde me llevan mis sueños con respecto al «Españolito»? El será lo que Dios quiera; dejémosle crecer en este ambiente de deslumbradora esperanza con que mi amor le aureola en lo porvenir.

¡Ojalá alcanzara a ser siquiera un re-

flejo de lo que su nombre evoca con respecto al Vinci, o a poseer una elevadá y purá conciencia y lograr la humilde serenidad, que es la única ventura posible sobre la tierra!

Y ahora pasemos a Elí, que bien merece párrafo aparte la mujer que ha salvado mi vida y llenádola de una fragante serenidad antes nunca sospechada.

Sus manos de Santa Isabel trajeron para mí la dulzura y la paz; y está tan íntimamente unida a mí y son tan suyos mi pensamiento, mi voluntad y mi vida, que de sólo suponer que pudiera perderla, mi alma desfallece en la angustia Este sentimiento de elevada esclavitud amorosa lo habia ya expresado en estos versos que un día escribí para ella:

Si este amor se me acabara,
si este bien se me trocara
en dolor;
si por negra desventura
esta copa de dulzura
se llenara de amargor,
desencantada y cansera
la vida se me rompiera
de estupor,
pues, ¿qué fuera
para mi la vida entera
sin tu amor?

Si tú de mí te alejaras
y al dolor abandonaras

el corazón que te dí,
yo moriría de pena,
pues, dí:
si eres para mí tan buena,
rota la dulce cadena
¿cómo soportar la pena
de vivir lejos de tí?

Si el corazón que te ama
un día por no hallarte clama
de ansiedad;
si el corazón que te quiere
siente un día que lo hiere
perversa infidelidad,
¿como curar de la herida
si tú eres toda mi vida,
primorosa,
portentosa,
milagrosa lamparita de bondad?

Tus manos, gloriosos lirios,
tus ojos, radiantes cirios
del Altar,
para cambiar mi destino
en mi sombrío camino
Dios los quiso colocar,
aquellas para guiarme,
éstos para iluminarme
en los senderos humanos
tan intrincados y rojos,
si un día me faltaran, dí:
¿cómo vivir sin tus manos,
cómo vivir sin tus ojos,
Elí?

En mis cantares te elevo,
y en mi corazón te llevo
como una gloriosa cruz,
porque tú me das el canto,
porque amándote yo tanto
como el insecto a la luz,
a tí van los versos míos
como al piélago los ríos
y como el incienso al sol,
y en mí vives misteriosa,
milagrosa
y generosa,
como el aroma en la rosa
y el ritmo en el caracol;
y, dí:
si eres mi musa, alma mía,
si eres mi fé y mi alegría,
¿como hallar la poesía
sin tí?

Si mi verso es cual un ave
que alas tiene porque sabe
que tan sólo ha de volar
hacia el huerto de tu vida,
hacia el alba esclarecida
de tu carne de azahar,
por eso:
si me faltara tu amor,
¿hacia donde volaría
el pájaro de mi beso?
mi beso se moriría
de dolor.

Tanto el corazón te ama

que cuando tu voz me llama,
quien me llama es el Amor;
y en mi alma la luz brilla
como en oscura capilla
la lámpara del Señor;
porque cuando escucho el trino
que da tu acento argentino,
pienso en Dios;
y si así tu voz me encanta
¿como vivir sin la santa
melodía de tu voz?

Así el temor de perderte
me hace pensar que la muerte
fuera el bien de mi dolor
si tú de mí te alejaras,
si tú un día me negaras
el amor
y al dolor abandonaras
el corazón que te dí;
pues si a mí se halla tu vida
tan íntimamente unida,
¿como soportar la vida
sin tí?

Así es, poeta, la verdad de mi amor; y puedes suponer como habrá crecido este sentimiento de imposible separación entre Elí y yo con el advenimiento de Leonardico, que es flor de nuestra alma, carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre, aureolado con la llama de nuestro ensueño sin principio y sin fin, porque él viene de más allá de nues-

tra vida y va más allá de nuestra muerte.

Esta felicidad en que mi alma se mueve me lleva siempre a pensar en tí. No soy egoista y quisiera para tí un destino igual, que bien se lo merece quién como tú ha sentido y expresado el amor. Y, a propósito: ¿que fué de la bizarra Liliana de tus amores? Te suponemos casado o en vísperas de hacerlo. Ya va más de un año que nada sabemos de tí. Casi dos años han transcurrido desde que te encontré en aquel jardinillo de nuestra Valencia, junto a una fuente y entre rosas, como la imagen del pensamiento profundo en las cosas alígeras y frágiles. Eras entonces el enamorado por excelencia, el ente embrujado fuera de cuyo ambiente de idealidad no existe la vida. Jamás encontré en mi camino ser alguno que ,como tú entonces, sintiera la pasión amorosa con más sinceridad, elevara más alto a la Bienamada, la ensalzara con más tiernas palabras ni la adornara con más delicadas flores. Así, seguramente que tu amor habrá llegado al ápice y habrás coronado la altura, donde en la casa humilde y limpísima, como piedrecita de río, serás tú y la dulce Liliana como en la fuente leyendaria el Cisne real y lírico y la Leda portentosa; y tus hijos, como dice Taine en su comentario del lienzo de Leonardo, tendrán «el ojo oblicuo del pájaro».....

Es una dicha inestimable la de encontrar a la mujer soñada, sin menoscabo del sueño, íntegra en la idealidad con que la habíamos dignificado en la esperanza, y poder vaciar en ella, como hidromel en ánfora etrusca, ese exceso de alma que es como nata, corola o burbuja que tiembla y se derrama por los bordes del cáliz que Dios llenó con la divina esencia. Yo he realizado este sueño, y quisiera que a mi ventura se uniera la de saber que tú has empesado ya a beber de esta agua de milagro.

Escríbeme. Elí y yo lo deseamos ardientemente. Y si algún día quieres, casado o soltero, estar con nosotros, desde ahora te ofrecemos nuestra casa de Barcelona, que se honraría con la presencia del querido apolonida. Resuélvete. Entretanto va un gajo de claveles para Liliana; para tí las expresiones de Elí y mías, un saludo del tío Claudio y una profunda reverencia del «Españolito»....

## XIV

21 *de mayo de* 1921

***El Poeta al Imaginífico:***

Tu carta ha venido a sacudir mi corazón. Yo había tendido un manto de olvido sobre mi propia existencia. En el deseo de olvidar habíame refugiado en la indeferencia; mas tu carta me obliga a quebrantar este propósito. Varias veces he intentado contestarla y no he hallado como empezar. De esta suerte ha dormido día tras día sobre mi mesa de trabajo, hasta hoy que, mediante un gran esfuerzo de mi voluntad, me pongo a conversar contigo.

¡Cuanto habría dado yo por poder comunicarte agradables noticias y llevar hasta tí mi almá como una rosa aljofarada, un trino de pájaro, un repique de campana! Mas he aquí que escucharás

la palabra de un triste, la voz de un corazón turbado por revés de los hados. Y ello me apena, porque en la serenidad perfumada en que tu alma se mece, esta carta será como piedra que cae sobre agua dormida, golpe de viento contra azahares florecidos, rumor de tormenta en cielo de estío. Léela, coméntala si quieres, mas no respondas a ella. Si algún día vuelves a escribirme haz abstracción de lo que en ella voy a comunicarte, pues deseo que estas líneas sean la palabra definitiva en esta página de mi vida, en este grave pasaje de mi existencia tan desasosegada, tan vacía del bien que inútilmente busqué por los caminos del ideal.

¿Qué fué, me preguntas, de la bizarra Liliana de mis amores? Te lo diré; pero antes quiero tomarte de la mano y conducirte al punto inicial de mi ensueño, a la humilde colina donde un día traduje en versos el ansia de mi corazón; al punto de donde partió mi alma en pos de la Soñada, de la Indeterminada, de la Presentida en cuyo seno de ternura celeste aspiraba a reposar mi cabeza atormentada de deseos; en pos del regazo de alivio de la Imaginada que, al correr de los días, se fué transfigurando, concretándodose, hasta ser realidad tangible en la imagen encendida en la Idolatrada, de la Elegida, de la «bizarra Liliana de mis

amores». Y para hacer el viaje retrospectivo quiero refrescar tu memoria trascribiéndote aquí íntegramente mi «Poema de la Serenidad interior», que un día dedicara «a la que tal vez no llegará nunca», porque ya dudaba de que una tan pura felicidad pudiera advenir para mí. Sólo volviendo a beber en ese hilillo de agua, emanado de lo más íntimo de mi fuente cordial, podrás darte exacta cuenta de cual era el estado de mi ánimo y el ardor de mi anhelo antes y en el momento de acercarme a la Bienamada; y sólo así podrás medir la alegría que invadió a mi corazón al suponer que al cabo realizaba su esperanza.

Escucha, pués, mi querido Imagínifico, y luego sabrás qué fué de la Liliana de mis amores y mis músicas:

Hermosa vida es la que he soñado
para los dos: una mansión discreta
de primorosa limpidez; al río
irán dos filas de árboles; la verja
guardárá un jardinillo en que el estanque
será al par que vivienda
del cisne, claro espejo en que se miren
cintilar las estrellas.

Un silente salón iluminado
por una luz rosada, donde leas
a Darío y a Silva,
a Mata y a Valencia,
con tu voz de cristal en que los rítmos

elásticos ondulan como vértebras,
mientras de mi cigarro el humo asciende
en espirales trémulas e inciertas,
y en mi mente laboran los ensueños
como en su propia casa las abejas.

Cuán íntimos serán nuestros deliquios
en la cálida hora de la siesta!....
entre las mías tus hermosas manos
por la dulce emoción tibias y trémulas,
mientras los trinos de algún ave turben
el sedante silencio de la huerta,
y «Miñón», casto y fiel, sobre la alfombra,
soñando con tus manos runrunea,
manso y feliz, como el trasunto vivo
de nuestra inalterable paz doméstica.

En las noches de luna, por el parque,
tú de mi brazo irás, con la cadencia
de tu argentina voz, diciendo el hondo
secreto musical de mis poemas;
o yo te iré expresando en la ternura
del encanto sin par que nos rodea,
mis luchas, mi esperanza y mi cariño
por el bien de la íntima promesá,
donde subsisten mis divinas ansias
cual los celestes iris en la perla;
como del mar los cantos sirenaicos
en la voluta argéntea;
como las blancas llamas de la luna
en la carne estelar de la azucena;
como en la hoja de la vid las castas
remembranzas edénicas.

Ya para entonces sentirás la vida
duplicarse en tí misma, en la secreta
encarnación del sueño, como el árbol
próximo a dar la prístina cosecha.

En los días de precepto oiremos juntos
la palabra de Cristo, que consuela
y limpia de los malos pensamientos
como ablución de milagrosa esencia;
y en los días de labor, cuando el canario
salude el alba en su canción primera,
tú, todavía con los rizos húmedos
por el agua tan fresca,
por el agua tan sabia,
por el agua tan buena,
con beso que dirá: «Dios te bendiga»,
vendrás a despedirme a la cancela;
y quedarás al cuido de la casa
en la dulzura de una paz tan plena
como el agua dormida bajo el ojo
de Dios, en la quietud de la cisterna;
y yo iré en pos del pán que comeremos
con la alegría serena
de no haberlo arrancado a boca alguna,
sino ganado por mi propia fuerza,
sin amargor de lágrimas, sin nada
que pudiese empañarnos la conciencia.

Iremos por el mundo: tú, orgullosa
de mi claro renombre, en la perfecta
confianza de que nadie verá nunca
por rubor inclinarse mi cabeza,
doblarse mi altivez ni entrar el crimen
por la sagrada puerta

en cuyo frontis se verá grabado,
como sencillo emblema,
el humilde latín de «Domus Pacis»
que Arimanes leerá cual un alerta;
yo orgulloso de tí, de nuestro ejemplo
de amor por los encantos de la tierra
y de fé por la gloria de los cielos;
del envidiable ambiente que nos cerca;
de tu prestigio de mujer hermosa
y del buen Dios que por nosotros vela
y supo darnos un amor tan grande
en una humilde vida tan pequeña....

En la paz de las tardes, desde el campo,
veremos cómo el sol pinta acuarelas
en los celestes lienzos; cómo el río
va quebrando cristales en las piedras;
cómo treme el sauzal en la corriente,
y el saucil cómo canta en las cimeras.

Jugaremos al «tennis» ¡que alegría
el ver cómo manejas la raqueta,
cómo la luz en lujuriosos besos
purpúrea sangre en tu mejilla inyecta,
cómo eres verso vivo, gloria viva,
salud, vigor, agilidad, intensa
rosa de sol sobre la tierra dura,
himno carnal bajo la comba etérea!

Más tarde, cuando el ritmo de la sangre
palpite mesurado en nuestras venas,
seremos menos niños, pero nunca
menos felices, que el amor no es leña
sino lámpara viva en el santuario
de la conciencia eterna.

Ya para entonces tú verás la vida
duplicada en ti misma, en la suprema
realización del sueño, como el árbol
que al sol el fruto primoroso muestra.

Y será la más dulce de las cosas
oír la torpe charla bullanguera
de la infantíl criatura que nos habla
con una voz tan nueva,
con una voz tan virgen,
con una voz tan suya que nos suena
a cristal de agua arisca, a beso doble,
a risa clara, a son de castañuelas,
y a tu voz y a mi voz, porque es el verbo
que dice tu quimera y mi quimera,
porque es la campana más sonora
en la torre ideal de la leyenda..
¡Ah, nunca habremos de escuchar, Dios mío,
verbo más sabio que su torpe lengua!.....

Así, lejos del tráfago mezquino,
libres del ruido que el amor amengua,
plantaremos el árbol de la vida
en arcadiana paz, hasta que venga
la fúnebre quietud...No! que la muerte
osará nunca visitar la tienda
en cuyo frontis se verá grabado,
fiel expresión de la humildad severa,
el hermoso latín de «Domus Pacis»
que el pie detiene a la deidad maléfica!...

ABSTRACCION:

Oh! tú, la que has leído este sereno
canto de elevación, dime: ¿que senda

debo seguir para llegar al huerto
donde lo mismo que he soñado sueñas?
¿Cómo te llamas, dónde estás, qué día
habremos de encontrarnos?...La libélula
del amor ¿plegó en tí sus ígneas alas?...
¿Escuchaste cantar a Filomela
en la noche bordada de luceros
como en Verona lo escuchó Julieta?
¿Sabes acaso dónde se halla oculta
la milagrosa alberca
en que hundiré mis sitibundos labios
para aliviar mi alma oscura y seca?
¿Viste volar mis cándidas alondras?
¿Aspiraste el olor de mis gardenias?
¿Tembló tu alma acaso cuando oiste
mis himnos, mis endechas,
y miraste mi frente coronada
por el laurel de lírica epopeya
cuando cerca de tí pasé, algún día,
peregrino de amor hacia la Meca?

Tal vez no me conoces, ni has mirado
en los senderos las purpúreas huellas
que dejaron mis pies el día en que loca
por el dolor, como una sombra densa
pasó mi pobre alma perseguida
por jauría tremenda;
ni oiste el grito de mi estro rudo
cortar cual una daga la tiniebla
la noche en que, abrasado por mis iras,
fiero, no manso como el de Judea,
con santa furia devolví las hieles
que dió a mis labios la canalla artera....

Tal vez no me conoces; mas, escucha:
iré por los senderos del planeta
en pos de tí; iré por los caminos
cual un ánima en pena;
y escucharán los montes y los llanos,
la ciudad y la aldea,
los mares y los ríos,
la estepa y la floresta,
como una plegaria, la congoja
de mi voz que te dice: Dulcinea,
¿dónde estás, amor mío?....
¿Estás distante o cerca?.....
¿No me aguardas?....
¿Me esperas?....

¿Has sentido el ambiente del poema? ¿Sabes ya lo que quería y buscaba mi corazón, lo que pedían y solicitaban mis ánsias? Pués bien, ese afán aumentó día tras día, y creció de súbito y clamó a los cielos cuando encontré a Liliana. Todos mis anhelos, como fuentes de sangre manadas de mi corazón, se condensaron en un solo y duro rubí de deseo, en una sola brasa de pasión.

Y así fué como un día mi alma, conturbada por el encanto divino, se acercó por fin a la Idolatrada. Mi corazón estaba tembloroso; mi voz estaba como mi corazón. Se hallaba por fin mi vida ante la mujer que había soñado, ante la beldad que había cantado y elevado en la gloria del amor, ante aquella que había segui-

do por todo sendero como humilde can sobre las huellas del amo. Y entonces toda la ternura, toda la dulzura, la suavidad, el ansia y las músicas todas de mi alma se derramaron en ella con loco afán de colmarla. Como agua que pugna contenida y se la da libre curso, mi cariño se precipitó hacia ella en un ímpetu de liberación y de conquista.

Mas no estaba en Liliana-¡oh, dolor de mis dolores!-el alma que yo había presentido, el ser moral que yo necesitaba. Estaban, sí, la dulzura, la suavidad, la delicadeza, el talento, la bondad larga, tal vez la tibia serenidad, tambien. Mas en aquella forma de impecable armonía, en aquella ánfora de líneas suntuarias, reminiscencia de la Aspasia de Mileto, hecha como para contener en grado sumo el vino abrasado, meditaba un alma de fría quietud, un espíritu de reposo estéril, un ánimo yacente, imposible de ser agitado ni encendido por la llama del verdadero amor. Así la que, por la forma, hubiera podido ser la esposa de Pericles, por el espíritu era digna tan sólo de compartir lamentaciones con Jeremías.

Fué mi impresión ante la cruel sorpresa, ante la dolorosa revelación, como la de quien abre un cofre primorosamente cincelado y recamado, donde debe reposar una joya suntuosa, un fastuoso collar de piedras de sonriente luminosidad,

y halla un Cristo lastimosamente llagado y contrahecho, producto enfermizo de torpe cincelador.

Pero como Liliana convalecía de grave enfermedad cuando por primera vez me acerqué a ella, quise atribuir al estado abúlico que sucede a las dolencias despresivas aquel desconsuelo, aquel cansancio, aquella floja tristeza de su alma, mortificante como una angustia, desalentadora como un vencimiento.

Esperé. Concedí larga tregua a mi esperanza. Mas fué en balde; siempre encontré en ella aquel mismo abatimiento. ¿De donde provenía aquel estado casi comatoso de la sensibilidad amorosa y del gusto por la vida? No lo sé. No lo he podido saber nunca. Acaso no lo sepa jamás. Tal vez un viejo y grande dolor no curado, o quizá una cadena de menudos dolores incurables, en acto. A veces pienso que Liliana trajo a la vida este legado de melancolía enfermiza; que es condición esenciál en ella, pués siempre la encontré ecuánime en la tristeza, irremediablemente la misma siempre en la languidez y el pesimismo contagioso. Y como mi sed—¿la sentiste igual tú, Imaginífico?—no podía ser apagada con aquella agua de sombra, ni podía mi deseo apartarse de la milagrosa ánfora que la contenía, mi alma quedó suspensa ante la necesidad irrevocable de dos sacrifi-

cios: el de envenenarme con el agua de tiniebla, o el de renunciar para siempre al vaso perfecto en que se me ofrecía. Opté por este último: renuncié a Liliana. Huí de ella entristecido y nostálgico por lo que de bondad y dulzura perdía con su alma, y por lo que de belleza olímpica perdía con su forma corpórea.

Este desengaño trajo para mí un estado de angustia que creció día tras día. Mas como no había sido capricho sino necesidad ideológica, psicológica y fisiológica lo que me llevó hacia Liliana después de un largo soñar, no podía mi voluntad ceder. Elegida para establecerme en la vida, fundar en ella y prolongarme en el futuro, no me era dado, al encontrarla incompetente para la realización del sueño fundamental, sacrificar mi alma y lanzarla en aquel bondadoso pero estéril seno de cansancio. Entonces, y para poner sello definitivo a mi pena, me hice el cargo que Liliana había muerto; pués, ¿acaso no debemos, cuando una mujer muere para nuestro amor, considerarla real y definitivamente desaparecida?

Real y definitivamente desaparecida para mí consideré a Liliana Sí, presencié su muerte, aspiré el olor triste de las flores que la cubrían, escuché el toque funeral de las campanas, marché tras del féretro, ví bajarlo a la fosa, caér sobre él la tie-

rra.... Y para rendir tributo a su memoria querida y a mis sueños deshechos, escribí este poema necrológico, bajo el sincero título de «Dolor de mis dolores»:

¡Cómo se ha borrado
aquel senderico de los azahares!
más si ella por él no vendría,
¿que falta nos hace?

La humilde casuca
donde hicieron nido nuestros ideales,
derruida y pelada entre el monte
parece un cadáver.

En la fosca reja
que adornaban claveles enantes,
han tejido las negras arañas
sus telas fatales,
y por ella el chirrido estrindente
de los grillos sale.
Corazón dolido: ¡qué aspecto tan triste
tiene este paisaje!

Visito estas ruinas
cuando Véspero vuelca su cáliz;
y el dolor que me trae su recuerdo
se clava en mi carne
como en tronco de encina soberbia
un bárbaro alfange.

El mísero río
ya no copia en su espejo la imagen
de la hermosa criatura que tuvo
mi fé en sus altares;

ni recibe la ofrenda de flores
que sus manos mártires
desde lo alto del puente ilusorio
lanzaban al aire,
mientras era un encanto en los légamos
la banda de ánades,
que tenían los picos tan rojos,
los remos tan ágiles____

No es ya el mismo el murmurio del río
ni la misma la sombra del sauce:
¡Qué han de parecerme las mismas las cosas
si ya no las llena la luz de su imagen!
Si ya no está en ellas la luz de sus ojos,
¿cómo parecerme las cosas iguales?

Recuerdo la noche
de ternuras unánimes:
tersa luna mostraba a la tierra
su joyel de nácares,
y el amor dijo quedo al oído
una cosa tan buena y tan suave,
que en el vasto recinto del bosque
se hizo dulce hasta el áloe.

Era todo en nosotros tan bueno,
discurría nuestra vida tan fácil,
así como esas fuentes humildes
que vienen de ignotos parajes
reflejando en sus linfas serenas
las nubes errantes,
el alba de oro,
el lis de las tardes,
el celeste camino de leche
lleno de diamantes

y las rosas del sol, que por rojas
parecen de sangre.

Yo tenía por ella ternuras
de hermano y de padre;
la llevaba en el seno del alma
como algo muy frágil
y en la mente como algo muy puro
donde el mál no cabe,
donde cada latido era un himno
a los dioses penantes,
al amor, la virtud, la alegría
de las buenas deidades.
La decía: novia mía, hija mía,
hermana mía y madre,
esposa y madre mía,
(Así canta el Cantar de los Cantares)
Sulamita, Astarté, reina y diosa,
musa fiel de mis hondos poemas cordiales,
fuente clara en mi predio de lirios,
lumbre clara en mis oscuridades.....

Ella era la luz y el agua
de mis líricos cármenes,
y se hallaba en mí ya cuando a mí vino
como el sol a través de las edades:
había visto el color de sus labios
en los rojos nopales;
el fulgor amarillo de sus ojos
en los fúlgidos ámbares;
el brillo especular de sus cabellos
en los lechos fluviales,
y el matiz de su piel iridiscente
en los marinos nácares.

Ella estaba en mí ya cuando a mí vino
como el sol a través de las edades;
y como al sol los cantos de la alondra
a ellas fueron las voces ecuánimes
del amor, la ternura, el deseo,
y el afán constante
de que fuera su carne y la mía
«una sola carne»....
pero Dios, con ser todo clemencia,
no lo quiso, ¡y Dios es el Padre!

Ya todo ha cambiado:
ha pasado un gran soplo de males
sobre el dulce retiro en que un día
nos sentimos ángeles;
y mi alma que es sabia en amores,
medita, y no sabe
cómo pudo romperse en la nada
un amor tan grande!

Sólo siete lunas
tenían nuestros sueños nupciales;
mas ya habían echado en el alma
tan honda raigambre,
que cuando el destino rompió la quimera
yo sentí el estupor del que cae
náufrago y herido,
y agarrado a un mástil
va de tumbo en tumbo
sobre un mar de infinitas soledades...

Cada vez sangra más la memoria
de la trágica tarde:
con un pálido cristo de Angélico
en las manos ducales,

se durmió en el Señor, como un niño,
la que tuvo mi fé en sus altares:
se quedó para siempre dormida,
¡tan blanca..tan dulce..tan triste..tan suave!

Yo tenía entre mis manos medrosas
las suyas glaciales;
ví en su rostro la paz que circunda
los sagrados mármoles,
y aprecié cuando el soplo divino
relegó la carne ...

¿Por qué entonce egoista y mezquino,
corazón cobarde,
no supiste seguir a la Amada
en el frío trance?
¿por qué no supiste morir de su muerte
y sublime en amor no te inmolaste?
¿por qué te agarraste medrosa a la vida,
carne miserable?....

En los hombros negros
el féretro blanco iba tambaleándose;
y la pródiga ofrenda de flores
llenaba de tristes aromas la calle,
mientras daban su llanto las lentas
campanas del Angelus.

Yo marchaba detrás de mi muerta
sombrío y exánime;
y sentí en el vacío infinito
mi alma volcarse
como frágil navío tragado
por brusca vorágine.
Entonces maldije—¡Dios mío, perdóname!-

al Destino infame
que así quiso romper la corola
de mi cándido lirio inefable,
cuando solo tenían siete lunas
los sueños nupciales....

Y luego la tierra,
adefágico monstruo que sabe tragarse
todos los dolores y todos los sueños,
se tragó aquella forma impecable...

¿Como pude, gran Dios, quedar vivo
cuando vi soterrar bajo el sauce
¡soterrar para siempre! el tesoro
de mis ideales?

Pálido Manfredo,
sombrío Leopardi:
¡ahora comprendo el agorero canto
del buho de Schopenhauer!..

Sulamita, Astarté, reina y diosa,
musa fiel de mis hondos poemas cordiales,
novia mía, hija mía, madre mía, esposa mía,
(Así canta el Cantar de los Cantares)
rosa lírica rota en mis manos,
llama viva apagada en mi sangre
por el brusco aletazo imprevisto
de los pérfidos soplos hiemales:
Oh! mi blanca corderita
degollada en mis altares!...

Bien que ya no existas,
pobre senderico de los azahares...
pues si ella por tí no vendría,
¿ya que falta haces?

Ahí tienes, Imaginífico, lo que fué de la Liliana de mis sueños; ahí tienes el desenlace de esta parte de la historia de mi vida, de esta página de mis amores donde palpitaron, se debatieron y sangraron dos corazones que estaban, por innumerables circunstancias, llamados a unirse; pero que fueron separados por invencible hado de dolor, de innato y acaso ancestral desapego del uno por el fundamental encanto de la vida, que era en el otro inherente condición.

¿Y cuál camino señalar entonces a mi alma abatida por el fracaso? No podía, como la cabizbaja estatua de Hipnos, vivir eternamente contemplando mi propia sombra; ni imitar insensatamente a aquel Agripino, raro ejemplar de vil mazoquista, que hallaba bueno y alababa el mal propio; ni tampoco, como el niño de que nos habla Rodó en «Motivos de Proteo», encajar una flor en la arena que hubo sofocado el «alma musical de la copa», sustituyendo así un encanto con otro. No podía permanecer en el dolor; no podía, para consolarme vilmente, estimar como bueno y ensalzar el fracaso; no podía, por considerarlo inútil, insistir tercamente en hacer sonar la copa enmudecida; ni podía tampoco probar a volcar la arena que sofocó la vibración, puesto que, en este caso mío, la arena estaba furiosamente agarrada al cristal....

Como quiere Rodó, puede renunciarse a una actividad cualquiera, material o intelectual, y sustituirla con otra, y aún hallar ésta mejor y más cónsona que aquella para la cual creímos haber nacido, y sin la cual no concebíamos la vida. Pero no puede un hombre elevado, sin dejar de serlo renunciar al amor ni sustituirle con otra pasión. Ni puede un corazón curar de una pena de amor sino con el bálsamo de otro amor en acto. Así, yo debía insistir en este camino; yo tenía que insistir en el camino del amor. Yo tenía indispensablemente que buscar otra copa y herirla con el junco divino de la palabra, para hacer sonar su alma de cristal. Y si, hallada una, no me daba la tonalidad requerida, debía buscar otra y otra, y todavía otra, sucesivamente, hasta encontrar la que había de darme el ansiado sonido compesador del desengaño de ayer, así como el sol de mañana compensará, sustentándola, la corola nostálgica de luz que, por causa de nieblas interpuestas, no pudo ser sustentada por el sol de este día.

Y en eso precisamente anda mi alma: en solicitud de la copa de compensadora armonía. Tengo fé en que he de hallarla....¿No la hallaste tú, Imaginífico, después del tremendo fracaso, después que se te rompió entre las manos y enmudeció para tí el burdo y fragilísimo

cristal de la Imaginada? ¿No hallaste en la preciosa Elí tu divina copa de Bohemia, tu cristal de límpida transparencia y argentina alma, del cual, al toque del divino junco del verbo encarnado, brotó el «Españolito» como un rítmo nuevo cuyas ondas se dilatan «más allá de las edades posteriores, donde el sueño de Elí y el tuyo es lucero fijo en la comba de los cielos»?

Yo he de encontrar también mi copa ¿Donde? No lo sé. Acaso en una hija de la estepa; tal vez en una nipona de ojos oblícuos; puede que en una desteñida malaya; en una bella etíope quizá; o aún en la misma Liliana resurrecta....

Pero, no!..¿Puede por ventura Liliana resucitar para el amor, no habiendo nunca estado viva para el amor? En Liliana la abulia amorosa es esencial, condición inmanente, carácter, Y el carácter, la condición inmanente y esencial de cada ser es invariable y permanece a través de todas las circunstancias. Puede nuestra condición sufrir alteraciones, modificaciones saludables o maléficas; pero la esencia, el huevecillo, el sello fundamental y característico prevalece el mismo hasta la muerte. Buena prueba de ello nos dan el tío Claudio, el hombre de campo que vende aquí sus montañas, se traslada a España y, cuando tal vez se lo suponía convertido en el hombre de la

ciudad, se enamora de unas tierras de labor, las adquiere, y es en España el mismo hombre que en las montañas de «El Salto»; tú, el Imaginífico que renuncia voluntariamente a la libertad que reclama su arte, contrae matrimonio, hereda una fortuna, y, cuando se lo cree convertido en burgués y mercader en víveres, o viajando por las ciudades del viejo mundo, sueña en fundar en Barcelona una casa editora, «donde pasará el resto de su vida entre el amor de los libros»...; y yo, el cantor del amor, que pierde dos años de su vida cantando el amor de una mujer, y cuando encuentra que esa mujer no ha nacido para el amor, toma las amarguras del desencanto amoroso, las amasa con sus propias lágrimas y las vuelve poemas de amor; y piensa todavía en buscar, (¡«similia similibus curantur»!) nuevo objeto para el amor y el canto....

Ya lo ves, mi querido Imaginífico, no cambiamos; ¡no podemos cambiar!...Vamos por el mundo, desde la cuna hasta el sepulcro, cada loco con su tema, cada alma con su legado de dulzura o de dolor.

Pero la vida no es mala, amigo mío; la vida es lo mejor que tenemos....

Tiempo es ya de despedirme de tí y dar fin a esta carta. Te devuelvo para Elí el gajo de claveles que me enviaste para Liliana; para tí va una rosa argen-

tada; para el «Españolito», un beso; y para el tío Claudio, mi admiración, pues bien digno de ella es el varón fuerte que ha sabido librar su vida de toda amargura y de toda estéril pasión, escondiéndola, como el avaro su tesoro, en el corazón de la montaña, serena como su alma y, como su alma, erguida con noble magestad bajo el portento de los cielos.

Luis G. Cervera

# INDICE

INDICE

## EPISTOLA PRELIMINAR

a Octavio Carvallo Arvelo Pág. 1

## EPISTOLAS SENTIMENTALES

I.—5 de agosto (1919) Pág. 1
II.—23 de agosto " 5
III.—1º de setiembre " 9
IV.—7 de setiembre " 13
V.—23 de octubre " 17
VI.—30 de octubre " 25
VII.—2 de noviembre " 39
VIII.—3 de diciembre " 51
IX.—26 de diciembre " 55
X.—1º de enero (1920) " 61
XI.—6 de enero " 67
XII.—1º de febrero " 73
XIII.—30 de marzo (1921) " 81
XIV.—21 de mayo " 91

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY,** and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It is **DUE** on the **DAY** indicated below:

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
*00010305804*